



**Azorín**

## **Cervantes o La casa encantada**

### PERSONAJES

VÍCTOR BRENES.

POSTÍN.

ISABEL.

DOÑA MARÍA.

DOÑA JUANA.

EL DOCTOR.

LUIS.

ANTONIO.

MIGUEL.

DOÑA ANDREA.

DOÑA MAGDALENA.

CONSTANZA.

DURÁN.

DON JACINTO.

El personaje de ISABEL debe ser interpretado por una misma actriz; la caracterización será igual en toda la obra; pero el traje, distinto. El personaje del DOCTOR será interpretado también por un mismo actor; el traje y la caracterización serán los mismos en el segundo acto y en el cuadro primero del primer acto.

## Acto I

### Cuadro I

Pasillo de una casa. Al levantarse el telón aparece POSTÍN junto a una puerta. Breve pausa. Entra DURÁN.

POSTÍN.- ¿Por dónde ha entrado usted?

DURÁN.- Por la puerta.

POSTÍN.- ¿Sabe usted que no se puede pasar?

DURÁN.- He pasado.

POSTÍN.- ¿Quién es usted?

DURÁN.- Un periodista.

POSTÍN.- El doctor ha dado orden de que no pase nadie.

DURÁN.- No sabía que tenía yo que venir.

POSTÍN.- Si le ven a usted, me van a reñir a mí.

DURÁN.- No le reñirán.

POSTÍN.- ¿Por qué?

DURÁN.- Porque voy a ver yo a doña Isabel ahora mismo.

POSTÍN.- La señora está con el enfermo.

DURÁN.- ¿Y el doctor?

POSTÍN.- Está también con el señor.

DURÁN.- ¿Cómo ha pasado la noche el señor?

POSTÍN.- Muy tranquilo.

DURÁN.- ¿Calentura?

POSTÍN.- Treinta y ocho grados; después, cuarenta; después, treinta y nueve...

DURÁN.- Espere usted; voy a tomar notas. ¿Ha velado usted al señor?

POSTÍN.- He estado yo toda la noche con él; cuando se ha hecho de día me he retirado a descansar.

DURÁN.- ¿Muy intranquilo toda la noche?

POSTÍN.- Delirando.

DURÁN.- ¿Delirando?

POSTÍN.- Se quería tirar de la cama.

DURÁN.- ¿Qué decía?

POSTÍN.- Decía cosas raras; era como si los dos, el señor y yo, fuéramos de viaje.

DURÁN.- Curioso. ¿Dónde iban ustedes?

POSTÍN.- Llegábamos a un pueblo, y luego íbamos a visitar una casa encantada.

DURÁN.- ¡La casa encantada! Es el título del libro que prepara el señor. ¿Y después?

POSTÍN.- Después nos ocurrieron en la casa muchos lances y peripecias.  
DURÁN.- Curioso. ¿Recitaba versos el señor?  
POSTÍN.- No se entendía bien lo que decía. Creo que hablaba también de Cervantes.  
DURÁN.- ¿De Cervantes?  
POSTÍN.- Imaginaba que estábamos también en casa de Cervantes.  
DURÁN.- Curioso. En casa de Cervantes... ¿Ha dicho algo el doctor?  
POSTÍN.- No ha salido todavía.  
DURÁN.- ¿Hace mucho que está dentro?  
POSTÍN.- Ahí lo tiene usted.

(Entran el DOCTOR e ISABEL.)

DURÁN.- Señora, doctor...  
DOCTOR.- Hola, querido Durán.  
DURÁN.- Si estorbo...  
DOCTOR.- Señora, Rafael Durán, uno de nuestros primeros periodistas.  
DURÁN.- Señora, permóneme usted. El interés de España entera por la salud del gran poeta disculpa mi indiscreción; mis compañeros me han rogado que les represente. Todos ofrecen a usted sus respetos por mi conducto y hacen votos fervientes por la salud de don Víctor.  
ISABEL.- Gracias, gracias. ¡Qué horas tan terribles!  
DURÁN.- ¿Noticias, doctor?  
ISABEL.- Doctor, ¿cómo lo encuentra usted?  
DOCTOR.- La naturaleza es contradictoria.  
ISABEL.- ¿Dice usted?  
DOCTOR.- Digo que la naturaleza es contradictoria. La noche ha sido mala. Ahora está tranquilo.  
ISABEL.- ¿Y usted cree?  
DOCTOR.- Yo creo en la naturaleza. Ahora está tranquilo. La noche ha sido decisiva.  
ISABEL.- ¿Decisiva?  
DURÁN.- ¿Cómo?  
DOCTOR.- Sí, decisiva. Hemos entrado en una nueva fase. La enfermedad ha entrado en una fase distinta de la anterior.  
ISABEL.- ¿Satisfactoria?  
DOCTOR.- Naturalmente; satisfactoria.  
ISABEL.- ¡Ah, doctor!  
DOCTOR.- Esperemos, esperemos.  
ISABEL.- Gracias, gracias, doctor.  
DOCTOR.- Yo no he hecho nada. La naturaleza ha seguido su camino. Tengamos confianza. A la tarde, a primera hora, volveré.  
ISABEL.- ¿Cree usted, doctor?  
DOCTOR.- Esperemos, tengamos calma.  
ISABEL.- ¿Calma con esta angustia?  
DOCTOR.- Esperemos; nos hallamos en presencia de un horizonte más despejado.

DURÁN.- ¡Y eso es importante!

DOCTOR.- De gran importancia.

ISABEL.- ¡Que se salve! ¡Que se salve! Su obsesión era poder terminar esa obra en que estaba trabajando. Terminar de escribir La casa encantada.

DOCTOR.- Vamos, Isabel, vamos. He dicho lo bastante para que tenga usted tranquilidad.

ISABEL.- ¡Si viera usted qué cosas imaginaba esta noche en su delirio!

DOCTOR.- Me lo ha contado Postín antes de salir usted.

ISABEL.- ¡En ese libro funda tanta esperanza!

DURÁN.- En sus delirios, doctor, según he oído al criado, el gran poeta hablaba de su poema en preparación.

DOCTOR.- Sí, de La casa encantada; Postín me ha referido todo lo que Víctor decía. ¡Eran cosas magníficas!

ISABEL.- Sí, doctor; fantasías y realidad; fragmentos de su poema y cosas de ahora, de las que le rodean. ¡Qué curioso hubiera sido el ir escribiéndolo todo!

DOCTOR.- Se podría haber hecho otro poema, o una novela, o una comedia.

DURÁN.- ¿Cree usted, doctor, que se podría hacer con el delirio de un poeta, de un gran poeta, una obra de teatro interesante?

ISABEL.- Y usted saldría en esa obra, doctor. En el delirio de esta noche, de usted hablaba mucho Víctor.

DOCTOR.- ¡Fantasías! Todo se puede hacer, después de todo, en el arte. ¿Verdad, gran periodista?

DURÁN.- ¡Ya lo creo! Pero, en este caso, habría que preparar mucho al público. Habría que decirle: «¡Eh, cuidado!, que lo que van ustedes a ver no es una comedia normal, sino... el delirio de un poeta»...

DOCTOR.- ¡Y tal vez lo que ocurriera en la representación fuera... el delirio!... ¡Fantasías! Lo importante es que el poeta podrá terminar su poema en preparación.

ISABEL.- ¡Sí, doctor! Gracias, gracias de nuevo.

DURÁN.- ¡Qué emocionado estoy!

DOCTOR.- Calma, calma, y hasta la tarde.

## Cuadro II

En el fondo, a lo lejos, sobre una colina, una casa. VÍCTOR, en escena, habla con una persona que se halla fuera.

VÍCTOR.- ¡Vamos, Postín! ¡Hombre, no te quedes atrás!

Aviva un poco. Aligera. ¡Tú, tan vivo, tan ligero, ahora pareces de plomo!

POSTÍN.- ¡Ay, la casita encantada! (Sale.) ¡Dichosa casita encantada!

VÍCTOR.- ¿No te parece bien la casa encantada?

POSTÍN.- ¡Y qué nohecita la de ayer!

VÍCTOR.- ¿No has pasado bien la noche?

POSTÍN.- Bien, bien; muy bien, señor; una cama como no la había conocido nunca en ese mesón.

VÍCTOR.- Pero el viaje es delicioso; hemos salido de Madrid en busca de aventuras, naturalmente...

POSTÍN.- Ya, ya; naturalmente, en busca de aventuras...

VÍCTOR.- Llegamos a un pueblecito castellano; pueblecito encantador...

POSTÍN.- Ya, ya; encantador...

VÍCTOR.- Nos alojamos en una posada clásica...

POSTÍN.- Ya, ya; una posada clásica...

VÍCTOR.- Entramos en conversación con los mesoneros. Vienen de tertulia a la cocina del mesón algunos hidalgos del pueblo...

POSTÍN.- Ya, ya. Vaya unos hidalguitos.

VÍCTOR.- Nos cuentan la historia del pueblo; consejas, leyendas, tradiciones...

POSTÍN.- Ya, ya. Me río yo de las tradiciones de este pueblecito.

VÍCTOR.- De pronto, un hidalgo que se llama don Gaspar de Mendoza y Toledo nos ha contado en tono altisonante, épico, la historia de esa casa que se encuentra en los alrededores de la ciudad. Y esa casa está encantada. Las viejecitas que estaban en la cocina, ante el fuego, han hecho aspavientos de terror. Yo he manifestado deseos de visitar esa mansión diabólica. Tú, Postín, en ese momento crítico..., te ponías el dedo en la sien y, mirándome a mí, hacías de esta manera. (Como barrenándose la sien con el dedo.)

POSTÍN.- Bromas de usted, señor. Veinte años...

VÍCTOR.- Sí, ya lo sé; no lo repitas; veinte años sirviéndome a mí, a un poeta extravagante. Sé franco: ¿no quieres entrar conmigo en la casa encantada?

POSTÍN.- Yo voy con usted, señor, adonde sea.

VÍCTOR.- Pero no a esa casita.

POSTÍN.- También a esa casita; sólo que...

VÍCTOR.- Que tienes un miedo que no te lo mereces.

POSTÍN.- ¿Yo miedo? Ya, ya. ¡Vengan casitas encantadas!

VÍCTOR.- Entonces, no comprendo. Pero tu miedo es infundado. Tú crees en las pataratas de las casas encantadas. No pasa nada; no sucede nada; no hay nada dentro de esas casas.

POSTÍN.- ¿Y si por casualidad hubiera?

VÍCTOR.- ¿Por casualidad? Ahora me haces reír. En el mundo no hay misterios. Los misterios los creamos sólo nosotros, los poetas. Mira, mira la casita encantada. Tiene tres ventanas en su fachada principal; la puerta está cerrada, naturalmente. Está cerrada porque es de rigor que el viajero intrépido que llegue ante ella dé un fuerte aldabonazo en la puerta. El aldabonazo, claro está, ha de resonar con pavor en toda la casa. Y entonces, querido Postín..., el viajero, seguido de su fiel criado, penetra en la casa. El criado

lleva al hombro unas alforjas. Se instalan en la sala principal; el criado, que eres tú en este caso, Postín...

POSTÍN.- ¡Ay, ay, ay; no sé lo que siento en el pecho!

VÍCTOR.- ¿Estás un poco mareado? Serénate... Decía que el criado saca de las alforjas una succulenta merienda, la pone en la mesa...

Hay un profundo silencio en toda la casa. Amo y criado comen tranquilamente... Y nada más.

POSTÍN.- ¿Y nada más? ¡Qué bonito, precioso! Me parece a mí que no.

VÍCTOR.- Y nada más. Lo que pasa es que el amo es un poeta que busca el misterio, lo desconocido, lo pintoresco, se vuelve al pueblo desilusionado. Y luego, desde el pueblo a Madrid, pensando que en los pueblos son unos visionarios, y que la realidad de los cuentos, de las consejas, de las leyendas, no existe más que en la fantasía de la gente.

POSTÍN.- ¡Bravo, bravo! ¡Ay, la casita encantada!

VÍCTOR.- ¡Sin miedo! Contempla, contempla la casita encantada; mírala allá arriba, encima del monte.

POSTÍN.- ¡Caray con la casita de todos los diablos!

VÍCTOR.- ¿De todos los diablos? Ni siquiera de un solo diablo. ¡Y cuidado que nos íbamos a reír la mar!

POSTÍN.- ¡Ya, ya; nos íbamos a reír la mar!

VÍCTOR.- Vamos, Postín: un supremo esfuerzo; en marcha.

(Salen de la escena; queda un momento el teatro desierto; entra una viejecita con grandes tocas negras y un bastoncito de ébano con puño de plata.)

MARÍA.- ¿No están? ¿Se han marchado? ¡Virgen del Socorro, Virgen de las Angustias, Virgen de los Dolores: socorredlos, salvadlos.

Socorredlos, santos y vírgenes del cielo. No están por aquí; ni por allí; no por esta parte; ni por la otra. Deben de estar ya trepando por los vericuetos. Y doña María, yo, la viejecita doña María, no ha podido verlos antes. No ha podido verlos antes para decirles:

¿Adónde vais, insensatos? La casita encantada encierra un misterio terrible. ¡Que no entre en ella ese mozo temerario. Es un poeta! ¿Es

que no pueden tener prudencia los poetas? Santos y vírgenes del cielo, socorred a ese buen poeta. ¿Quién os lo pide? Os lo pide una

viejecita de un pueblo castellano. Una viejecita que de toda una vida de penalidades y desengaños no ha sacado más que un poquito de

experiencia... No están por estos contornos; no los veo... ¡Ah, sí; allí, sobre aquella peña, veo al criado!... ¡Ah, eh, buen hombre!...

Sí, a usted le digo. Tenga la bondad de bajar... Sí, sí, baje; yo se lo ruego. Soy doña María: me conocen en todo el pueblo. No le hago daño a nadie; tengo muchos, muchos años; creo que ochenta o noventa.

(POSTÍN habla desde dentro.)

POSTÍN.- No podemos volver; mi señor dice que no puede volver.  
MARÍA ¡Vuelvan, vuelvan por todos los santos del cielo! No tienten al Señor, o, mejor dicho, al diablo.

(Sale POSTÍN.)

POSTÍN.- ¿Quién es usted, señora?

MARÍA.- ¿Que quién soy yo? Yo soy doña María.

POSTÍN.- ¿Y qué quiere doña María?

MARÍA.- Doña María quiere que le avises sin tardar a tu señor. Que hagas que tu señor venga un momentito. Que no lleguéis hasta la casa encantada... En fin, que vuelva tu señor y aquí hablaremos.

POSTÍN.- ¿Y querrá venir mi señor?

MARÍA.- Tu señor, mírale allí; está erguido encima de un peñasco; te espera y te hace señas.

POSTÍN.- ¿Que no entremos en la casa encantada?

MARÍA.- No, no, por nada del mundo debéis entrar en esa casa.

POSTÍN.- ¿Que no entremos en la casa encantada? Corro, corro volando a traer a mi señor. (Se marcha.)

MARÍA.- Virgen del Socorro, no te pido nunca nada. Yo soy muy viejecita; no espero nada ni quiero nada. Pero te pido ahora que salves a un poeta, a un poeta mozo, intrépido, y que tiene los mismos ojos -le he visto al pasar-, los mismos ojos anchos y tristes que tenía el hombre que más he querido en el mundo. Virgen del Socorro, yo puedo ser en este pueblecito la representación de la Prudencia. Yo te pido, en recuerdo de mi grande y único amor -hace ya tantos, tantos años-, que salves a ese mozo.

POSTÍN.- Ya viene el señor. ¡Eh, eh, señor! Que aquí le llaman. Ahora verá usted. ¡Es tan simpático! Simpático y bueno de veras. Ya está aquí.

VÍCTOR.- Ya estoy aquí.

MARÍA.- Muy bien venido. ¿Es ése tu amo?

POSTÍN.- El mismo, si no le han cambiado.

VÍCTOR.- Postín, ¿es ésta una viejecita que quería que yo volviera desde allá arriba?

POSTÍN.- La misma, señor, si no han puesto otra en su lugar.

MARÍA.- Me ha llamado usted viejecita, caballero; no se ha atrevido a llamarme sencillamente vieja.

VÍCTOR.- Yo no me atrevo nunca, señora, a cometer una descortesía con una dama.

MARÍA.- No sabe usted, caballero, que en el mundo no hay viejos ni jóvenes. La edad depende siempre de la fecha de nuestra muerte. Y como no conocemos esa fecha, no podemos nunca decir la edad que tenemos. Un joven que tenga veinte años, caballero, y se haya de morir a la semana siguiente, es más viejo que un viejo a quien todavía le queden por vivir unos años.

VÍCTOR.- Los años, señora, los cuento yo por el corazón. Teniendo mucho corazón, se tiene siempre juventud.

MARÍA.- Y cuando se tiene mucho corazón, ¿se puede complacer a una viejecita?

VÍCTOR.- Las viejecitas que piden las cosas como usted las pide son complacidas siempre en el acto.

MARÍA.- ¿Y si pidieran un favor especial, muy especial?

VÍCTOR.- El complacerlas sería también un gusto especial, muy especial.

MARÍA.- Pues yo le quiero pedir a usted un favor de ese género. Postín, ¿me complacerá tu señor?

POSTÍN.- Pida la señora lo que quiera.

MARÍA.- Caballero, yo quisiera..., yo quisiera que no fuera usted a la casa encantada.

VÍCTOR.- ¿Y por qué quiere usted que no vaya a la casa encantada?

MARÍA.- Porque no es nunca prudente exponerse al peligro.

POSTÍN.- No pasa nada en la casa encantada, señor.

VÍCTOR.- Calla, Postín; señora, yo quisiera conocer cuál es el peligro que me espera en la casa encantada.

MARÍA.- Usted, señor, dirá seguramente: Esta es una viejecita de pueblo que vive metida en un rincón...

VÍCTOR.- No, no digo eso; no puedo decirlo.

MARÍA.- Vive metida en un rincón; sale de su casa y se marcha a la Catedral; lleva un gran rosario en la mano y va pasando las cuentas poquito a poco. Esta viejecita no se entera de nada en su rincón del pueblo; vive abstraída. No ha vivido la vida en su juventud; no ha leído; no sabe lo que son los hombres ni las cosas.

VÍCTOR.- Perdón, perdón; yo no pienso de esa manera.

MARÍA.- Y esta viejecita me pide ahora un favor. Y el favor que me pide es que yo renuncie a conocer lo desconocido, a gozar del misterio.

VÍCTOR.- Yo soy poeta, señora; amo con pasión la poesía. Y porque amo la poesía, amo también todos sus estimulantes: el misterio, la emoción, la ternura, la piedad. Postín, ¿verdad que soy un loco?

POSTÍN.- Señor, locos como el señor quisiera yo a celemines por el mundo.

MARÍA.- Y esta viejecita conoce todas las patrañas, cuentos y fantasías que corren por el pueblo a propósito de la casa encantada.

¿Cree en consejas la viejecita?

VÍCTOR.- No sé si cree. ¿Quién no cree en algo misterioso e inexplicable?

MARÍA.- Pues ese algo misterioso e inexplicado no es la patraña vulgar.

VÍCTOR.- Ese algo puede ser la propia imaginación.

MARÍA.- El poeta acaba de decir lo que yo estaba pensando. La imaginación es la mejor amiga y la peor enemiga. En la casa encantada podrá no existir nada de extraordinario; pero es positivo e indudable que personas que han entrado en ella han salido llenas de espanto.

POSTÍN.- No pasa nada en la casita, señor; adelante, adelante; vamos allá.

VÍCTOR.- Diga, diga, señora.



MARÍA.- Yo he conocido, yo; yo he conocido algunos de esos casos de que hablo. Se reían de la casita encantada; bromeaban; se burlaban de quienes les advertían del peligro... Y luego salían lívidos, horrorizados, dando gritos de terror.

POSTÍN.- No pasa nada en la casita; vamos, vamos, señor.

VÍCTOR.- Calla, Postín. Señora, patrañas, no. Fantasías, no. Yo quiero la verdad, sólo la verdad.

MARÍA.- Y yo he dicho y repito que no creo en patrañas ni en fantasías. Creo, sí, en la imaginación de los hombres. Y sería cosa rara, peregrina, señor, que un poeta, un poeta como usted, no creyera en la imaginación.

VÍCTOR.- La imaginación..., la imaginación... Nuestra mejor amiga; nuestra peor enemiga. Es verdad; lo ha dicho usted: el misterio reside en la imaginación.

POSTÍN.- No pasa nada, señor. Vamos, ánimo, adelante.

VÍCTOR.- Calla, Postín, calla; no me aturdas; no me marees. El momento es decisivo, solemne. ¿Avanzamos? ¿Retrocedemos? Soñar, soñar... Dormir, dormir... Imaginar, imaginar. Y ¿qué es la vida sin imaginación? Y ¿qué es la vida sin misterio? Sin el misterio profundo de los hombres y de las cosas. La prudencia, sí; la discreción, sí. Pero ¿y la acción inicial y creadora? ¿Y la acción que requiere intrepidez, audacia, desdén de lo conocido y amor hacia lo desconocido?

MARÍA.- Postín, tu amo está soñando. ¡Ja, ja, ja!

POSTÍN.- Señor, ¿qué hacemos?

VÍCTOR.- Postín, esta señora ha trastornado mis ideas. No sé lo que digo ni lo que he de hacer; he perdido la noción del tiempo y del espacio. ¿Estoy loco o soy cuerdo? ¡Ja, ja, ja!

(Se marcha DOÑA MARÍA.)

POSTÍN.- Tra, la, la, la.

VÍCTOR.- Tra, la, la, la.

POSTÍN.- Bueno, bueno.

VÍCTOR.- Caramba, caramba.

POSTÍN.- Buena la hemos hecho.

VÍCTOR.- En buena nos hemos metido.

POSTÍN.- ¿Qué hacemos?

VÍCTOR.- ¿Qué hacemos, Postín? ¿No decías que no pasa nada en la casita dichosa?

POSTÍN.- ¿No decía usted, señor, que no pasaba nada?

VÍCTOR.- Estoy perplejo.

POSTÍN.- ¿Qué haremos?

VÍCTOR.- Adelante: vamos allá. (Comienzan a caminar; a poco se detienen.) Lo mejor será esperar un poco.

POSTÍN.- Creo que el señor tiene razón.

VÍCTOR.- Piensa un momento; tú tienes una aguda razón natural.

POSTÍN.- Pienso, señor, pienso y me estaría aquí pensando una semana entera.

VÍCTOR.- No sé lo que hacer.  
POSTÍN.- Volvamos al pueblo.  
VÍCTOR.- El misterio me atrae.  
POSTÍN.- En el pueblo se está muy bien.  
VÍCTOR.- Lo conocido no tiene encantos.  
POSTÍN.- Volvamos a Madrid.  
VÍCTOR.- Espera un poco; hablemos.  
POSTÍN.- Hablemos.  
VÍCTOR.- Oye, Postín.  
POSTÍN.- Oigo, señor.  
VÍCTOR.- ¿No crees que tenía razón esa señora?  
POSTÍN.- ¡Ya lo creo!  
VÍCTOR.- Pues no vamos a la casa encantada.  
POSTÍN.- Bien, señor... ¿Qué es aquello que se divisa a lo lejos?  
Yo veo algo en lo alto del monte, por entre los árboles.  
VÍCTOR.- Añagaza tuya, Postín.  
POSTÍN.- No, no; alguien viene por allá.  
VÍCTOR.- Maulas.  
POSTÍN.- Sí, avanzan entre los matorrales.  
VÍCTOR.- Artimañas.  
POSTÍN.- Camina un poco, y luego se detiene.  
VÍCTOR.- Pataratas.  
POSTÍN.- Ya se va acercando; se divisa ahora mejor; es una bonita moza.  
VÍCTOR.- ¿Una moza?  
POSTÍN.- Pataratas.  
VÍCTOR.- ¿Una moza bonita?  
POSTÍN.- Maulas.  
VÍCTOR.- ¿Una moza bonita por estos andurriales?  
POSTÍN.- Artimañas.  
VÍCTOR.- Vamos, Postín, sé formal. ¡Caramba, es preciosa!  
POSTÍN.- ¡Y qué ojos tiene!  
VÍCTOR.- ¡Y con qué garbo anda!  
POSTÍN.- Esa no es una moza labradora.  
VÍCTOR.- El traje de labradora es rico; pero ella tiene el porte de una dama.  
POSTÍN.- Viene hacia aquí. ¿Habrá fantasmas como éste en la casa encantada?  
VÍCTOR.- Paso a la princesa de este bosque.  
POSTÍN.- ¡Buen lance si fueran como éste los que nos esperan en la casita encantada!

(Entra ISABEL.)

ISABEL.- Estoy ardiendo.  
VÍCTOR.- ¡Ay, y yo también!  
ISABEL.- Pues usted no ha corrido como yo.  
VÍCTOR.- Estoy hecho una estatua.  
ISABEL.- La vida es movimiento.

POSTÍN.- Tan labradora es ésta como yo chino.  
VÍCTOR.- ¿Quiere usted permitirme una cosa?  
ISABEL.- Con cortesía está permitido todo.  
VÍCTOR.- Decirle dos palabras.  
ISABEL.- ¿Dos palabras nada más?  
VÍCTOR.- Dos palabras que son una pregunta. ¿Las damas suelen andar por los bosques vestidas de labradoras?  
ISABEL.- ¿Usted cree que yo soy una dama?  
VÍCTOR.- Si el traje dice una cosa, la prestancia dice otra. Es eso acaso una compensación. ¡En tantas personas el juicio es inferior al traje!  
ISABEL.- ¿Cree usted en las compensaciones humanas?  
VÍCTOR.- Hay quien tiene inteligencia para ver claramente las cosas y hay quien no las ve claras y tiene energía para la acción.  
ISABEL.- Y usted, ¿qué prefiere: la inteligencia o la acción?  
POSTÍN.- ¡Anda, ésta le da cien vueltas a mi amo!  
VÍCTOR.- Si yo fuera hombre de acción, preferiría la inteligencia; si fuera hombre de inteligencia, preferiría la acción.  
ISABEL.- ¿No es usted ni una cosa ni otra?  
VÍCTOR.- Me contento con amar la poesía.  
ISABEL.- ¿Y le parece a usted eso poca gloria?  
VÍCTOR.- Siempre el que está en la orilla, señora, siente la nostalgia del viaje cuando ve alejarse el barco.  
ISABEL.- Emprenda usted el viaje; sea usted animoso.  
VÍCTOR.- ¿Me anima usted?  
ISABEL.- Le deseo sencillamente una feliz jornada.  
VÍCTOR.- ¿Con sorna?  
ISABEL.- De todo corazón.  
VÍCTOR.- ¿Con ese corazón que palpita en su pecho?  
ISABEL.- No tengo otro.  
VÍCTOR.- ¿Es de usted sola?  
ISABEL.- Hasta ahora no tiene otro dueño.  
VÍCTOR.- ¿Y podría ser de alguien más?  
ISABEL.- Podría ser del hombre que se atreviera a hacer lo que nadie ha hecho.  
VÍCTOR.- Veo que para usted el pensamiento no es nada y la acción lo es todo.  
ISABEL.- Se engaña usted. Lo que yo quiero es que la inteligencia sea renovada y vivificada por la acción.  
VÍCTOR.- ¿Y me elige usted a mí para esa experiencia?  
ISABEL.- ¿Y cree usted que un poeta no necesita gustar la sensación de lo desconocido, para encontrar nuevas fuentes de inspiración?  
VÍCTOR.- Con usted no puedo luchar; me seduce y me vence usted.  
ISABEL.- Y usted me desconcierta con sus titubeos y zozobras.  
VÍCTOR.- Nada está completo en el mundo. ¿Quiere venir conmigo a la casa encantada?  
POSTÍN.- ¡Se la quiere llevar a la dichosa casita!  
ISABEL.- Quiero que vaya usted; pero no quiero yo ir.  
VÍCTOR.- ¿Y por qué quiere usted que vaya yo? ¿Me espera allí algo que sea terrible?

ISABEL.- Le espera a usted la demostración de su curiosidad intelectual.

VÍCTOR.- ¡Si viniera usted conmigo!

ISABEL.- Bastante tiene usted con sus pensamientos.

VÍCTOR.- ¿Quién es usted, bella labradora?

ISABEL.- ¿Es que usted sabe quién es usted?

VÍCTOR.- Nadie se conoce a sí mismo.

ISABEL.- Y los poetas menos que nadie.

(Comienza a tronar y a relampaguear a lo lejos.)

POSTÍN.- ¡Señor, señor, que se prepara una tormenta!

VÍCTOR.- Señora, me marchó decidido a la casa encantada. ¿La veré a usted después?

ISABEL.- No se ve dos veces a una misma persona; no hay dos momentos idénticos en la vida.

VÍCTOR.- Es triste y es verdad; este momento de ahora no lo volveremos a vivir.

ISABEL.- Y cuando usted me vuelva a ver, si me vuelve a ver, ya no seré yo la misma.

VÍCTOR.- ¿Usted se llama Aurora, Estrella, Sol?

ISABEL.- Me llamo Isabel.

VÍCTOR.- Pues adiós, Isabel, adiós. (Sale ISABEL. Aumentan los truenos y los relámpagos.) Vamos, Postín, ya no hay refugio. Vamos; estoy decidido.

POSTÍN.- ¿Y no podríamos, señor, esperar un poco? Se acerca la tormenta.

VÍCTOR.- No te hagas el remolón. Ya verás, ya verás; nos vamos a divertir.

POSTÍN.- Nos vamos a divertir mucho, pero mucho.

VÍCTOR.- ¿Crees tú que no es una cosa divertida lo desconocido?

POSTÍN.- ¡Ya lo creo!

VÍCTOR.- Aviva, aviva. ¿Se han marchado todos?

POSTÍN.- ¿Qué iban a hacer aquí?

VÍCTOR.- Adiós, adiós, amigos. Adiós, doña María, don Epidio, Isabel, la encantadora Isabel. Adiós, amigos de un instante. Y los más queridos. En la amistad de un instante no hay tiempo para la traición y la perfidia.

POSTÍN.- ¡Qué locura es ésta!

(Se marchan; queda un momento la escena desierta; continúa la tempestad. Entra DOÑA MARÍA.)

MARÍA.- ¿Se han marchado? No lo quiero creer. Y con este tiempo. ¿Quién les habrá impulsado a marchar? Le dejé vacilante, dudoso. Lo que ese joven poeta hace es un desatino. Virgen del Socorro, Virgen de las Angustias, Virgen de los Dolores, sálvalos. Sálvalos del peligro.

(Entra ISABEL.)

ISABEL.- Estaban aquí hace un momento; no están ya. Al fin ha tenido un rasgo de energía ese poeta. Sí, se han marchado a la casa encantada. La indecisión era fatal. Ha hecho bien; ahora verá lo que nunca ha visto, y su corazón experimentará emociones que nunca ha experimentado. ¿Qué versos nuevos, henchidos de misterio, van a surgir en esta aventura? Tal vez estén llegando ya a las alturas.

MARÍA.- ¿Se han marchado?

ISABEL.- Sí, se han marchado al fin.

MARÍA.- ¿Al fin? ¿Deseaba usted que se marcharan?

ISABEL.- Deseaba que salieran de su indecisión.

MARÍA.- ¿Y cree usted que la vida es la acción?

ISABEL.- Sin la acción no existe la vida.

MARÍA.- La vida es el pensamiento. Y el pensamiento es la más alta de las acciones, la más alta y la más fecunda. El pensamiento se basta a sí mismo.

ISABEL.- Está usted en un error.

MARÍA.- El error es el suyo. ¿Por qué habrán cometido esa locura?

ISABEL.- Si es locura, es locura genial.

MARÍA.- La locura es siempre funesta.

ISABEL.- Error.

MARÍA.- Verdad.

ISABEL.- ¡Ah, le veo allá arriba en aquella peña! El poeta saluda con el sombrero.

MARÍA.- ¡Adiós, adiós!

ISABEL.- ¡Adiós, adiós!

(Saludan con el sombrero y los pañuelos. Truenos y relámpagos.)

TELÓN

Acto II

Sala en una casa deshabitada.

Un momento, la escena desierta. Aparecen VÍCTOR y POSTÍN. POSTÍN

camina medrosamente cogido de VÍCTOR. VÍCTOR pasea en silencio su mirada por la estancia.

VÍCTOR.- Ya ves, Postín; todo tranquilo, en paz, en silencio. La tormenta ha cesado. Y esto no tiene nada de particular.

POSTÍN.- ¡Sí, Sí!

VÍCTOR.- Nada de particular. No seas medroso. Anda, desásete de mí. Recobra tu tranquilidad.

POSTÍN.- ¡Ya, ya!

VÍCTOR.- Una casa como todas las casas. Un poco abandonada; polvo en los muebles. Por lo demás, nada. Paz, sosiego, calma profunda.

POSTÍN.- ¡Sí, sí!

VÍCTOR.- ¿No lo crees? Ventanas, sillas, sillones, una mesa. Sillas como todas las sillas. Tócalas. No tienen ningún resorte oculto y terrible. Son como todas. ¿Te cercioras? Y este silencio tan profundo, tan grato; vamos a pasar un rato delicioso.

POSTÍN.- ¡Sí, Sí!

VÍCTOR.- ¿No estás viendo que no sucede nada? Estás tranquilo; te lo conozco en la cara.

POSTÍN.- No, lo que es tranquilidad, por ahora hay tranquilidad.

VÍCTOR.- ¿Trajiste la bujía que te encargué?

POSTÍN.- ¿Vamos a estar toda la noche aquí?

VÍCTOR.- Un rato, por lo pronto; luego, ya veremos.

POSTÍN.- ¿Qué es lo que vamos a ver?

VÍCTOR.- Vamos a gozar de este silencio delicioso.

POSTÍN.- Me gusta a mí mucho el silencio.

VÍCTOR.- ¡Y tan pesado como te pusiste!

POSTÍN.- ¿Yo nada más?

VÍCTOR.- Y yo también llegué a estar intranquilo.

POSTÍN.- ¿Y si no pasara nada?

VÍCTOR.- Por lo menos debiera ocurrir algo... Vamos, alguna cosilla ligera, para tener que contarla luego; yo estoy un poco desconsolado.

POSTÍN.- ¿Quería usted, señor, que estuviera encantada la casa?

VÍCTOR.- Yo no sé, no sé qué te diga. Quisiera..., quisiera... un poquito de misterio.

POSTÍN.- ¡Bah, bah, señor! Estemos aquí un momento, y luego marchémonos al pueblo; hemos probado ya que somos valientes.

VÍCTOR.- No lo hemos probado todavía.

POSTÍN.- ¿Falta algo?

VÍCTOR.- La cena.

POSTÍN.- ¿Vamos a cenar aquí?

VÍCTOR.- Naturalmente. ¿Para qué hemos traído las alforjas?

POSTÍN.- Yo no tengo apetito.

VÍCTOR.- ¿No tienes apetito y no hemos comido nada desde el mediodía? Te desconozco. ¿Dónde están las viandas? Sosiégate. Jamón, pollo, pasteles, queso, vinillo claro, frutas...

POSTÍN.- ¡Con qué ganas comería yo en otra parte!

VÍCTOR.- ¡Y aquí! Ea, manos a las alforjas; ve colocando en la mesa lo que haya. Primero saca la bujía y ponla. ¿Dónde la pondremos?

Aquí hay una botella vacía. ¡Admirable sosiego!

Ven conmigo; demos una vuelta por la estancia. Las puertas están cerradas. ¿Quieres abrir alguna? Anda, abre.

POSTÍN.- ¿Qué abra yo una puerta de ésas? Que la abra el diablo.

VÍCTOR.- No mientes al diablo. No hay nada en esas habitaciones. Ya está abierta la puerta. ¿Ves algo dentro? Nada; oscuridad. Y estos sillones son amplios, cómodos; quisiera yo tener un silloncito de éstos para estudiar. Siéntate en uno y repantígate así, como yo.

POSTÍN.- Sí, cómodos sí son.

VÍCTOR.- Parecemos dos orondos canónigos... Tra, la, la..., lará, lará, lará... Canta tú también un poco.

POSTÍN.- No estoy en voz.

VÍCTOR.- No se trata de hacer primores. Público no tenemos. Tra, la, la. Canta, Postín, canta..., lará, lará, lará.

POSTÍN.- Que ca nte el primer tenor de la ópera; para eso le pagan.

VÍCTOR.- Bien; pues ya que hemos comprobado que esta casita no tiene nada de particular, vamos a cenar. ¡A cenar! La bujía está en la botella; encendamos la luz; es ya de noche.

POSTÍN.- ¡Ay, señor, qué preocupado estoy!

VÍCTOR.- ¡Simplezas! Ve extendiendo sobre la mesa la merienda. ¡Mira qué bien hace el pan, el dorado pan castellano, el noble y buen pan de Castilla, sobre la blancura del mantel! ¿Y esa nota roja del vino? Estoy alegre. ¿Qué es eso? ¿Empanadas? Eso no entraba en el programa.

POSTÍN.- ¡Si tengo yo más pesquis para esto!

VÍCTOR.- Eres un maestro en manducatoria. ¿De confianza esas empanadas?

POSTÍN.- Las he visto yo mismo hacer.

VÍCTOR.- No podían faltar las clásicas empanadas. Hablará la Historia de esta comida.

POSTÍN.- Y el vinillo es de primera. No lo hay en Nebreda más que donde yo lo he comprado; me ha costado mucho arrancárselo a su dueño.

VÍCTOR.- ¿No quería vendértelo?

POSTÍN.- Cuando me dijo usted que preparara la merienda, me dije: «Lo primero es encontrar un vinillo de primera». Comencé a buscar; me dijeron que un señor del pueblo guardaba en una bodega unos toneles, pocos, dos o tres, de un vinillo...

VÍCTOR.- Sigue, sigue; la historia es interesante. ¿Qué te sucede?

POSTÍN.- Me pareció que había temblado la casa.

VÍCTOR.- ¿Cómo la casa? ¿Crees que tiembla la casa? Todo puede ocurrir menos que tiemble la casa. He sido yo, que he movido un poco la mesa.

POSTÍN.- ¿Usted, señor? Juraría que era el piso de la casa, que temblaba.

VÍCTOR.- Continúa, continúa, Postín, tu historia. Fuiste a ver ese cosechero... ¿Qué es lo que te dijo?

POSTÍN.- El cosechero era un señor muy raro; tenía el vino para venderlo y no quería venderlo. Y yo le dije: «¿Pero no tiene usted

el vino para la venta?» Y él entonces dijo...  
VÍCTOR.- ¿Qué dijo? ¿Qué es lo que te sucede?  
POSTÍN.- ¿Oye usted cómo ladra un perro?

(Los ladridos no deben ser oídos por los espectadores.)

VÍCTOR.- Un perrito que ladra; nada de particular. Seguramente ladra en un caserío vecino.  
POSTÍN.- No, no; es dentro de la casa. Y es un ladrido tan particular...  
VÍCTOR.- ¿Encuentras particular el ladrido de un perro? Ea, un traguito.  
POSTÍN.- Si usted me lo manda...  
VÍCTOR.- Yo te mando que no pienses en cosas tristes.  
POSTÍN.- ¿Oye usted ladrar otro perro?  
VÍCTOR.- ¿Otro perro? Sí, un perrito más. Como el de antes...  
POSTÍN.- Dos perros chicos.  
VÍCTOR.- ¡Bravo! ¿Lo ves? Ya estás haciendo chistes. Chistes fáciles, populares; pero, en fin, tú no estás obligado a finuras. ¿Y el cosechero te dijo...?  
POSTÍN.- El cosechero me dijo: «Es verdad que tengo ese vino para la venta; pero me da pena venderlo. Ese vino es de unas viñas que he plantado yo mismo, cuando era mozo». ¡Caray!...  
VÍCTOR.- ¿Caray dijo también el cosechero?  
POSTÍN.- ¡Caray digo yo!  
VÍCTOR.- ¿Caray, por qué?  
POSTÍN.- Han tosido ahí al lado.  
VÍCTOR.- Han tosido ahí al lado. ¿Dónde?  
POSTÍN.- En esa sala.  
VÍCTOR.- ¿Que han tosido en esa sala?  
POSTÍN.- Una tos seca, rara.  
VÍCTOR.- ¡Qué exquisito es este pollo! Blando, mantecoso. Déjate de toses, Postín. Ahí tienes un pedazo de pechuga.  
POSTÍN. ¡Ay, han tosido, han tosido!  
VÍCTOR.- Una madera que se ha resquebrajado; estas casas viejas, abandonadas, se quejan a voces como si fueran personas. ¿Verdad que es excelente el pollo?  
POSTÍN.- ¡Han tosido, han tosido!  
VÍCTOR.- ¿Y al fin te vendió el vinillo el propietario?  
POSTÍN.- ¿Oye usted cuántos ladridos de perros?  
VÍCTOR.- Perros de los contornos que se habrán refugiado en la casa.  
POSTÍN.- Ladran abajo.  
VÍCTOR.- Sí, están abajo; pero no es nada.  
POSTÍN.- ¡Caray, conque no es nada!  
VÍCTOR.- Hombre, Postín, no te enfurruñes. ¿Es que te levantas de la mesa porque ladran unos perros? Siéntate; continuemos comiendo; acaba tu interesante narración.  
POSTÍN.- ¿Cree usted que yo estoy para cuentecitos?



VÍCTOR.- ¡Qué hermosa manzana! Los colores son preciosos; carmín, oro, amarillo. La Naturaleza es un artista inimitable. ¿Has buscado tú también estas manzanas?

POSTÍN.- He ido yo mismo a un huerto a cogerlas.

VÍCTOR.- Y seguramente en el huerto habrá ocurrido otra historia como la del vino.

POSTÍN.- Ninguna historia; pero había allí una hortelana que...

VÍCTOR.- ¿Hortelana dices? Hortelana bonita, garrida.

POSTÍN.- Y ahora es un gatito.

VÍCTOR.- ¿Un gato?

POSTÍN.- ¿No lo oye usted? Un gato que maya.

VÍCTOR.- ¿Por un gato que maya te preocupas?

POSTÍN.- Y ahora son seis u ocho. ¡Por vida de la casita!

VÍCTOR.- Diez o doce gatos que mayan. Nada, gatos y perros.

POSTÍN.- ¿Dirá usted que los gatitos han venido a la querencia de los perros?

VÍCTOR.- Nada más lógico que haya ratones en una casa vieja. Y donde hay ratones suele haber gatos; todo está dentro del orden natural.

POSTÍN.- ¡Diablo con la casita!

VÍCTOR.- ¿Conque una hortelana guapota, frescachona? ¡Qué picarillo es el amigo Postín!

POSTÍN.- ¡Ay!

VÍCTOR.- ¿Qué pasa?

POSTÍN.- ¿No ha oído usted esos golpes?

VÍCTOR.- Lo oigo todo; y todo eso no tiene importancia; perros y gatos que riñen, han derribado allá abajo algo, y en paz.

POSTÍN.- ¿En paz? Vámonos, señor; esto ya está visto.

VÍCTOR.- ¿Qué es lo que está visto?

POSTÍN.- La dichosa, condenada, recondenada casita.

VÍCTOR.- Hasta ahora, Postín, siento decírtelo, no ha pasado cosa mayor. Sentémonos aquí, bien repantigados, en los sillones, para reposar la comida.

(Se va iluminando la escena con luz verde.)

POSTÍN.- ¿Se hace ya de día?

VÍCTOR.- ¡Qué bonito es esto! Se va iluminando la sala con luz verde.

POSTÍN.- ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué habremos entrado en esta casa?

VÍCTOR.- Tranquilízate; la cosa sí es un poco rara; pero tal vez esta luz procede de una aurora boreal.

POSTÍN.- ¿Y decía usted que no pasaría nada?

VÍCTOR.- ¿Te molesta la luz verde?

POSTÍN.- Y ahora es de otro color.

VÍCTOR.- Ahora es roja. Decididamente estamos en plena fantasmagoría. ¿Has bebido tú mucho, Postín? Yo no he bebido mucho, y, sin embargo, el vinillo era tal, que bien pudiera...

POSTÍN.- ¡Ca, señor, ca, no es cosa de vino! Usted y yo estamos bien serenos. No, esto es serio, muy serio. La casita tiene lo suyo. ¡Vaya si lo tiene! Y lo que vendrá.

VÍCTOR.- ¿No notas nada ahora?

POSTÍN.- ¡Ay, ay, ay! ¡Que se cae la casa!

VÍCTOR.- Ahora sí que se tambalea la casa; parece un barco corriendo un temporal; agárrate, Postín.

POSTÍN.- ¡Madre mía! ¿Por qué habré venido yo a esta maldita casa?

VÍCTOR.- ¡Y qué golpes tan furiosos dan abajo! ¡Y ahora ruido de cadenas, campanadas, gritos, lamentos!

POSTÍN.- ¡Señor, señor! ¿Qué va a ser de nosotros?

VÍCTOR.- No te desesperes; tranquilízate. Lo que haya de ocurrir, ocurrirá.

POSTÍN.- ¿Cree usted que va a ocurrir algo más?

VÍCTOR.- Presumo que sí.

POSTÍN.- Hasta ahora estamos sanos y salvos.

VÍCTOR.- Relativamente; sospecho que si intentáramos salir, no podríamos.

POSTÍN.- Pues es un porvenir.

VÍCTOR.- Piensa en otra cosa; serénate.

POSTÍN.- Pero ¿está usted sereno?

VÍCTOR.- Yo divago con el pensamiento por los espacios imaginarios. He sido desgraciado, Postín, tú lo sabes, y cuando le han ocurrido a uno muchas desgracias en la vida, no importa ya que le ocurra una más. Entonces se mira la vida con cierta serenidad. Con la serenidad de quien dentro de su pobreza, dentro de su dolor, nada teme ni espera.

POSTÍN.- Pero, señor, ¿y la muerte?

VÍCTOR.- La muerte, Postín, no existe. Cuando la muerte viene, cuando se produce, ya no podemos sentirla. Si la sintiéramos, no sería muerte. No podemos sentir ese momento brevísimo, infinitesimal, en que dejamos de existir. No podemos sentir, en el sueño profundo, una milésima de segundo después de haber penetrado en él, que nos hemos dormido.

POSTÍN.- Bien se consuela usted. Claro, tiene usted lo que yo no tengo: usted tiene talento.

VÍCTOR.- Yo no tengo nada, fiel servidor; no soy más que un peregrino de la vida. Y en la vida, con toda mi curiosidad, no he encontrado sino vanidad y dolor.

POSTÍN.- Pero bien, señor, ¿qué hacemos?

VÍCTOR.- Espera, espera.

(De pronto se oyen campanas que tocan a muerte y se percibe el canto del Dies irae.)

Dies irae dies illa  
Solvat saeculum in favilla  
Teste David cum Sibylla.

POSTÍN.- ¡Dios mío, Dios mío!

VÍCTOR.- Piensa en otra cosa; yo voy a ver si hay por aquí algún libro para leer.

POSTÍN.- Yo también quiero un libro, un libro de oraciones.

VÍCTOR.- ¿Para qué?

POSTÍN.- Para prepararme a bien morir.

(La escena se va iluminando poco a poco con una suave luz rosada. Se oye una música deliciosa, un fragmento de Mozart.)

VÍCTOR.- ¿Ves, querido Postín? Todo se acaba.

POSTÍN.- ¿Qué sucede ahora?

VÍCTOR.- Ahora no sucede nada. ¿No oyes esa música deliciosa? Es de Mozart; escucha, escucha.

POSTÍN.- ¡Qué susto tan tremendo!

VÍCTOR.- Ahora estamos gozando de una música admirable. Parece que ha cambiado todo: las cosas entran en una nueva fase. ¿Dónde tocarán? Mira esa puerta.

POSTÍN.- ¿Que mire yo por esa puerta? ¡Ya, ya!

VÍCTOR.- Pero ¿tienes todavía miedo?

POSTÍN.- Por si acaso.

VÍCTOR.- La música va cesando; se aleja. Ya ves que los encantadores, que han estado asustándonos un rato, no son tan fieros como creíamos. Ahora quieren alegrarnos.

POSTÍN.- ¡Con tal de que no sea esto la preparación de otra cosa peor!

VÍCTOR.- ¿Peor que lo pasado?

POSTÍN.- Todo puede ser.

VÍCTOR.- No esperemos ya nada malo; las cosas han variado; la música se ha desvanecido en la lejanía; hay otra vez un profundo silencio en la casa. ¿No gozas tú de este sosiego?

POSTÍN.- Yo gozaría, señor, estando acostado en el pueblo.

VÍCTOR.- Tras la zozobra se goza mejor de la tranquilidad; apresurémonos a gozar de este momento. Yo creo que en la vida debiera haber -para los seres felices, claro está- empresas o compañías destinadas a producirles desazones y angustias, para que después esos seres afortunados, aburridos en la dicha, pudieran gozar más profundamente de su felicidad.

POSTÍN.- La vida es la vida, señor; cada hombre es un mundo, y cada hombre sabe sus cosas.

VÍCTOR.- ¿Quién viene? Se oyen pasos precipitados; mira a ver.

POSTÍN.- ¿Yo?

(Entra precipitadamente un caballero vestido correctamente, con gabán; el sombrero y el bastón los lleva en la mano.)

DOCTOR.- ¡Querido Brenes!

VÍCTOR.- ¡Querido doctor!

DOCTOR.- ¡Un abrazo!

VÍCTOR.- ¡Tanto tiempo!...

DOCTOR.- Sin vernos un año, dos años.

VÍCTOR.- ¡Qué alegría!

DOCTOR.- ¿Y éste es Postín, el perillán de Postín?

POSTÍN.- ¡Oiga, señor, con perdón, yo no soy perillán!

VÍCTOR.- Calla, Postín; repara en el tono cariñoso con que te lo dice.

POSTÍN.- Pues si no fuera por el tono...

DOCTOR.- Cuénteme, cuénteme, querido Brenes.

VÍCTOR.- Nada de particular, querido doctor. La vida va pasando.

DOCTOR.- La vida va pasando. Cuénteme. El color, encendido, excelente. El aspecto general es bueno.

VÍCTOR.- En apariencia, al menos.

DOCTOR.- No hay que ser aprensivo.

VÍCTOR.- No lo soy, doctor.

DOCTOR.- ¿Quién no lo es?

VÍCTOR.- Me cuido un poco, como todo el mundo.

DOCTOR.- ¡Y es natural! Es preciso vivir; las cosas van de prisa en estos tiempos, y hay que ver muchas cosas.

VÍCTOR.- Procuro ver las cosas. El espectáculo del mundo me atrae.

DOCTOR.- ¿Y sabe usted lo que hay que hacer para vivir mucho?

VÍCTOR.- ¿Y para qué vivir mucho?

DOCTOR.- ¡Hola! ¿Pesimismo a mí? No me gusta ese tono: cambie usted de registro. Hay que vivir.

VÍCTOR.- La vida no es larga ni corta. Si viviéramos mil años en vez de vivir cincuenta, encontraríamos la vida igualmente breve.

DOCTOR.- Sí. ¿Pero quién nos quita la ilusión de encontrarla larga o breve? Y la vida es ilusión. Vivamos, creemos; creemos en los demás un poco de ilusión y un poco de bienestar. El placer de hacer el bien vale la pena de vivir. Y no hay en el mundo, en este granito de arena en que vivimos, un placer más alto y más puro.

VÍCTOR.- Exacto, exacto.

DOCTOR.- ¡Ah, perdone usted! He entrado precipitadamente; me habían dicho que estaba usted aquí y no he querido detenerme. ¡Antonio, Luis! (Salen dos jóvenes en traje de laboratorio.) ¿No conocéis a Víctor Brenes, el gran poeta?

LUIS.- Naturalmente, por sus obras.

ANTONIO.- Por sus obras, al menos.

(Estrechan la mano de VÍCTOR.)

DOCTOR.- ¿No ocurre novedad?

LUIS.- Ninguna.

DOCTOR.- Haced el favor. (El DOCTOR se quita el abrigo y lo entrega, con el bastón y el sombrero, a los ayudantes.) Estoy abrumado de trabajo, querido Brenes. No puedo más... Esperadme vosotros en el laboratorio... (Se marchan LUIS y ANTONIO.) Decía usted que la imaginación... Lo decía usted o lo decía yo. Decíamos que en la vida la ilusión, la imaginación, lo es todo.

VÍCTOR.- ¿Y cuando se van perdiendo las ilusiones, doctor?

DOCTOR.- Pero ¿va usted perdiendo las ilusiones, querido Brenes?

VÍCTOR.- Todo se gasta en la vida.

DOCTOR.- Y se gasta el propio mundo en que vivimos.

VÍCTOR.- Pero existen millares, millones de mundos, de universos, como este nuestro.

DOCTOR.- ¿Le interesa a usted la astronomía?

VÍCTOR.- Me interesa porque nos hace ver la grandeza y la pequeñez del hombre al mismo tiempo.

DOCTOR.- Pequeñez del hombre, ¿por qué?

VÍCTOR.- Porque, entre tantos millones y millones de universos, el hombre no es siquiera la sombra de una sombra casi invisible.

DOCTOR.- Grandeza del hombre, ¿por qué?

VÍCTOR.- Porque a pesar de nuestra pequeñez, a pesar de ser el hombre la sombra de una sombra, hemos podido captar el concepto de eternidad como se caza una mariposa en una redcita.

DOCTOR.- Pienso yo también eso.

VÍCTOR.- Y usted lo hubiera dicho mejor.

DOCTOR.- Mejor que usted, no.

VÍCTOR.- Usted tiene la precisión del sabio.

DOCTOR.- Y usted, la imaginación del poeta.

VÍCTOR.- Muy bondadoso, doctor.

DOCTOR.- ¡Ah, perdone otra vez! Un momento, Brenes. ¡Luis, Antonio! (Salen los dos ayudantes.) ¿Las últimas noticias de nuestros sujetos de experimentación?

LUIS.- Excelentes.

ANTONIO.- Admirables.

LUIS.- Aquí tenemos el boletín diario que acabamos de redactar.

(Lo lee rápidamente el DOCTOR.)

DOCTOR.- Bien, bien.

LUIS.- No cabía duda ninguna.

ANTONIO.- Llevamos un año de experiencias.

LUIS.- No ha fallado ninguna.

DOCTOR.- Bien, bien. La prueba está hecha. El elixir es maravilloso, realmente. Este descubrimiento es de una importancia inmensa para la Humanidad. Sobre todo, para los artistas.

LUIS.- Para los poetas.

ANTONIO.- Para todos los escritores.

DOCTOR.- Con este elixir, ¡cuántas obras de arte no van a ser creadas!

(Siguen hablando en un extremo del teatro.)

VÍCTOR.- ¿Estás más tranquilo, Postín?

POSTÍN.- Un poco más.

VÍCTOR.- ¿No del todo?

POSTÍN.- ¿Cómo quiere usted que esté tranquilo, estando aquí un doctor famoso?

VÍCTOR.- ¿No crees en la medicina?

POSTÍN.- Creo en el sol, en el aire y en las hierbas del campo.

(Vuelve el DOCTOR al grupo de VÍCTOR y POSTÍN.)

DOCTOR.- Decía usted, Brenes, o lo decía yo, que la imaginación...

VÍCTOR.- ¿Cree usted, doctor, que la imaginación es cosa de juventud?

DOCTOR.- ¡Qué horror! La imaginación es cosa de la edad madura. Los jóvenes no tienen imaginación. La imaginación es planta que crece en el humus de los cincuenta años.

VÍCTOR.- ¿Cree usted?

DOCTOR.- Todas las grandes obras del arte y de la ciencia, obras de imaginación, las han realizado los viejos. Cervantes mismo... ¿Se levanta usted?... ¿Qué le sucede?

VÍCTOR.- No puedo oír el nombre de Cervantes sin sentir una profunda emoción.

DOCTOR.- ¿Se emociona usted?

VÍCTOR.- ¡He pensado tanto en Cervantes! Me atraen profundamente todos los hombres que, teniendo una exquisita sensibilidad, se ven sujetos a sufrir los brutales enconzonazos de la pobreza.

DOCTOR.- Cervantes es el primero en sensibilidad.

VÍCTOR.- Y lo fue en la pobreza. Tenía una vivísima imaginación. ¡Qué horrible la suerte de un artista sin esa facultad creadora!

DOCTOR.- Usted, querido poeta, tiene una imaginación fulgurante.

VÍCTOR.- Pero temo el cansancio y la vejez. Y siento angustia, miedo, espanto, ante la idea de que llegue el momento en que me siento delante de las cuartillas y no pueda emocionarme.

DOCTOR.- ¿Quisiera usted precaverse contra ese peligro?

VÍCTOR.- ¿Qué remedio puede haber en el mundo? No existe ninguno.

DOCTOR.- ¿Que no existe ninguno?

VÍCTOR.- No puede haberlo.

DOCTOR.- Estamos rodeados, querido Brenes, de fuerzas misteriosas. Comenzamos ahora, modernamente, a entrar, aunque con paso vacilante, en el reino de lo misterioso. ¿Quisiera usted prevenirse contra el peligro de sentir exhausta la imaginación?

VÍCTOR.- Bromea usted, doctor.

DOCTOR.- Nunca he hablado más en serio.

VÍCTOR.- ¿Hay también un misterio en sus palabras?

DOCTOR.- Un misterio que va a dejar de serlo para usted.

VÍCTOR.- Estoy ansioso de conocerlo.

DOCTOR.- En dos palabras. He inventado un elixir maravilloso.  
VÍCTOR.- ¿De larga vida?  
DOCTOR.- No; elixir que aviva la imaginación y la torna brillante y lozana.  
VÍCTOR.- ¿Algo como el alcohol?  
DOCTOR.- No; los efectos del alcohol son momentáneos y dañan al organismo; mi elixir obra con perfecta normalidad, y sus efectos son definitivos, permanentes.  
VÍCTOR.- ¿Lo ha ensayado ya usted?  
DOCTOR.- Llevo, con mis ayudantes, un año de experiencias. Todas las pruebas han sido satisfactorias. He procurado mantener el secreto. Y ahora le digo a usted: Brenes, querido poeta, ¿quiere usted tomar unas gotas de mi elixir? No corre usted ningún peligro. ¿Quiere usted someterse a esa prueba?  
VÍCTOR.- Me deja usted asombrado, doctor. La tentación es terrible.

DOCTOR.- Piense usted en una persona querida; haga usted un esfuerzo para representársela en la imaginación.  
VÍCTOR.- ¿Que piense en una persona querida?  
DOCTOR.- Un momento nada más.  
VÍCTOR.- Bien; lo hago. (Breve pausa.)  
DOCTOR.- ¿Cómo se la ha imaginado usted?  
VÍCTOR.- Me la he imaginado bien.  
DOCTOR.- ¿Bien del todo? ¿Con todos los pormenores de la imagen?  
VÍCTOR.- Exactamente.  
DOCTOR.- Pues ahora reflexione usted en lo que sería la imagen de esa persona querida vista con una imaginación cuarenta, cincuenta, cien veces mayor.  
VÍCTOR.- ¿Y sería ésa la obra de su elixir?  
DOCTOR.- Naturalmente.  
VÍCTOR.- ¿No habrá, a cambio de esa imaginación, mengua en las otras facultades cerebrales?  
DOCTOR.- Ninguna disminución.  
VÍCTOR.- ¡Pues a la obra!  
DOCTOR.- ¡Antonio, Luis!

(Salen los dos ayudantes.)

LUIS.- ¿Mandaba usted?  
DOCTOR.- El elixir.  
ANTONIO.- ¿Para el señor Brenes?  
DOCTOR.- Sí; el querido poeta se decide a tomarlo.  
LUIS.- Será una prueba magnífica.

(Desaparecen los dos ayudantes.)

DOCTOR.- Ya verá usted, querido Brenes.  
VÍCTOR.- Pero, doctor, yo no sé...

DOCTOR.- No dude usted. (Vuelven ANTONIO y LUIS. Traen en una bandeja un vaso de agua y una redomita.) Este es el elixir; mire usted; su color es limpio, transparente; es decir, no tiene color.

Con cuatro gotas bastarán.

LUIS.- Mejor serían cinco.

ANTONIO.- Sí, cinco.

DOCTOR.- Cinco es la mayor dosis.

VÍCTOR.- ¿Tanto?

DOCTOR.- No se alarme usted; en este vaso de agua dejamos caer cinco gotas; una, dos, tres, cuatro, cinco... ¡Ya está! El agua no ha perdido su transparencia; puede usted beber.

VÍCTOR.- Bueno, bueno, doctor; entendámonos...

DOCTOR.- ¿Duda usted?

VÍCTOR.- No dudo; pero... yo no puedo creer que no se produzca un desequilibrio en el organismo.

DOCTOR.- La normalidad funcional será perfecta. ¿Es que no tiene usted confianza en mí?

VÍCTOR.- Absoluta, doctor.

DOCTOR.- ¿Deja usted el vaso otra vez en la bandeja?

VÍCTOR.- Un momento de reflexión, el último.

DOCTOR.- Bien; pongan ustedes el vaso encima de la mesa; medite usted un rato; todo lo que quiera. Nosotros nos retiramos. Nosotros nos retiramos para que usted pueda meditar a sus anchas y dentro de un momento volveremos.

(Se marchan el DOCTOR, LUIS y ANTONIO. Se oye fuera gritar.  
«¡Impertinentes, impertinentes!».)

VÍCTOR.- ¡Alguien alborota por ahí!

POSTÍN.- ¿Nueva aventura?

(Sale DOÑA JUANA.)

JUANA.- ¡Impertinentes, impertinentes! ¿Es esto vida? No me dejan; no puede una vivir a su gusto.

VÍCTOR.- Serénesse usted, señora.

JUANA.- ¿Es que yo no tengo derecho a vivir como quiera? No me dejan vivir con el sonsonete de que debo hacer esto o lo otro.

VÍCTOR.- Sosiéguese usted, señora.

JUANA.- Quieren que haga ejercicio, que salga al campo, que me levante temprano... No sé cuántas cosas más quieren.

POSTÍN.- Mándelos usted a paseo, señora.

JUANA.- Yo quiero vivir a mi gusto, sin que me sermonee nadie.  
¡Impertinentes, impertinentes! Yo haré lo que quiera.

VÍCTOR.- ¿Y viene usted a ver al doctor?

JUANA.- Cabalmente. ¿Usted le conoce?

VÍCTOR.- Ya lo creo.

JUANA.- Y le ha propuesto a usted...



VÍCTOR.- ¿Usted lo sabe?  
JUANA.- Yo no he querido.  
VÍCTOR.- ¿No ha querido usted tomar el elixir del doctor?  
JUANA.- ¡Qué desatino! Usted ¿lo ha tomado?  
VÍCTOR.- Voy a tomarlo.  
JUANA.- ¡No lo haga usted!  
VÍCTOR.- ¿Por qué?  
JUANA.- ¿No ve usted la falacia del doctor?  
VÍCTOR.- ¿La falacia del doctor?  
JUANA.- ¡Chist, que no nos oiga! Sí, la falacia del doctor. Lo diré bajito.  
VÍCTOR.- Pero el doctor ¿trata de engañarme?  
JUANA.- El doctor le promete a usted un aumento prodigioso en la imaginación. ¿No es eso?  
VÍCTOR.- Exacto.  
JUANA.- Y usted tendrá un inmenso poder imaginativo que ahora no tiene. Pero ¿no piensa usted en lo que va a suceder cuando tenga esa potencia de imaginación?  
VÍCTOR.- Hable usted: dígame: estoy ansioso.  
JUANA.- Resultará que, fatalmente, lógicamente, todas las angustias, las aprensiones, las sospechas, todos los dolores, en fin, se van a centuplicar para usted. Y un pormenor doloroso, que ahora es simplemente molesto, será entonces irresistible, intolerable. Y una sospecha inquietante se convertirá en una verdadera tortura.  
VÍCTOR.- ¡Ah, es verdad! No debo; no debo; renuncio al elixir. La compensación es terrible. Postín, no bebo.  
POSTÍN.- ¡Bien, bien, señor! Ni yo tampoco.  
JUANA.- ¡Impertinentes, impertinentes! ¿Dónde está el doctor? (Se marcha.)  
VÍCTOR.- No bebo; no bebo. Ya estoy tranquilo. Ya he tomado una resolución inquebrantable.  
POSTÍN.- Bien, bien, señor.

(Entra ISABEL.)

ISABEL.- ¿Me permiten ustedes?  
VÍCTOR.- Usted manda en esta casa.  
ISABEL.- Muy galante.  
VÍCTOR.- ¿A que sé cómo se llama usted? Usted se llama Lucero de la Mañana.  
ISABEL.- Gracias; me llamo sencillamente Isabel.  
VÍCTOR.- ¡Qué bonito adverbio ese de sencillamente!  
ISABEL.- ¿Por qué?  
VÍCTOR.- Porque va acoplado al nombre de Isabel. Yo quisiera estar así.  
ISABEL.- Yo quiero los hombres decididos.  
VÍCTOR.- Pues aquí me tiene usted a mí.  
ISABEL.- No es verdad. Encima de la mesa veo un vaso de agua

esperándole a usted.

VÍCTOR.- ¿Habla usted del elixir del doctor?

ISABEL.- ¿No lo ha querido usted tomar?

VÍCTOR.- ¿Lo ha tomado usted?

ISABEL.- Si no lo hubiera yo tomado, no podría yo discutir con usted.

VÍCTOR.- Pues yo estoy vacilante.

ISABEL.- Beba, beba usted ese elixir y podrá remontarse a las cumbres más elevadas.

VÍCTOR.- ¿Me lo manda usted?

ISABEL.- ¿Quién es el artista que duda en poseer una potente fuerza creadora? El gran placer en arte es poder, en cada momento, revestir todas las formas y figuraciones del universo. Y un artista con imaginación lo es todo: es el árbol, la nube, la montaña, el mar.

VÍCTOR.- La quiero a usted. Es usted el ideal.

ISABEL.- Quiero infundir a usted un poco de confianza en sí mismo.

VÍCTOR.- ¿La veré a usted después que beba?

ISABEL.- Con usted estaré en todos los momentos. Aunque me halle ausente, su imaginación le hará verme a su lado.

VÍCTOR.- Bebo, bebo; estoy ya decidido.

ISABEL.- Un nuevo artista va a nacer en el antiguo.

VÍCTOR.- ¡Doctor, doctor!

(Entran el DOCTOR y DOÑA JUANA.)

DOCTOR.- ¿Decidido ya?

VÍCTOR.- Decidido.

DOCTOR.- Lo celebro.

LUIS.- ¡Ya verá usted!

ANTONIO.- No hay peligro ninguno.

VÍCTOR.- ¿Compensación dolorosa?

DOCTOR.- Ninguna.

JUANA.- ¡Qué horror! ¡Va a beber!

ISABEL.- ¡Beba usted!

POSTÍN.- ¿Qué va usted a hacer, señor?

VÍCTOR.- Avanzo hacia el vaso... con paso solemne..., lo cojo, lo levanto en el aire...

DOCTOR.- ¡Ja, ja, ja! ¡Qué niño es usted, Brenes!

VÍCTOR.- Y lo miro al trasluz.

POSTÍN.- ¡Señor, señor!

VÍCTOR.- Señores, brindo por el doctor.

DOCTOR.- Piense usted en una persona querida; en algún gran artista. Que la primera imagen que vea usted con la nueva imaginación sea ésta.

VÍCTOR.- ¿Puedo pensar en Cervantes?

DOCTOR.- Sí; piense usted en Cervantes.

VÍCTOR.- ¿No me pasará nada?

DOCTOR.- ¡Que me incomodo, querido Brenes!

VÍCTOR.- No se enfurruñe usted, doctor. Río. ¡Ja, ja, ja! Me pongo

serio. Torno a reír. ¡Ja, ja, ja! Y pienso en Cervantes. Quiero que su imagen sea la primera que yo vea con la nueva imaginación.

¿Seguridad completa, doctor?

DOCTOR.- Vamos, Brenes.

JUANA.- ¡Qué temeridad!

ISABEL.- ¡Poeta, no dude usted!

POSTÍN.- ¡Señor, señor!

(Se lleva BRENES el vaso a los labios y va bebiendo lentamente.)

VÍCTOR.- ¡Ya está!

TELÓN

Acto III

En 1605. Salita pobre; un bufetillo en que se pueda escribir. Al levantarse el telón, la escena está desierta. Se oye el ruido de un martillo que golpea un caldero. A intervalos, gritos, vociferaciones. Después, el disputar furioso de dos o tres mujeres en la vecindad. Luego, una canción. Entra un caballero vestido con traje del siglo XVII. Cincuenta y ocho años. Barba entre rojiza y blanquecina. El brazo izquierdo y la mano, insensibles, inútiles. El caballero parece profundamente cansado. Entra con lentitud, da unos pasos por la sala, se deja caer en una silla, se quita el sombrero y lo pone en otro asiento. Continúan en la vecindad la algazara, el estrépito: martillazos en el caldero, vociferaciones, cantos. El caballero se levanta y se dirige hacia el bufete; pero reflexiona, con hondo gesto de laxitud, y torna a sentarse. Después, al cabo de un instante, torna a dirigirse al escritorio y lo abre. Se sienta ante él, saca unos papeles y se dispone a escribir. Redobla el estruendo en la vecindad. La gritería de las comadres es más estrepitosa. Ladra un perro; se oye un coro de niños. La tonadilla vuelve a dejarse oír. El caballero torna a inclinar, cansado, triste, la cabeza en la mano. Se oye una voz que dice: «¡Miguel! ¡Miguel!» El caballero vuelve a escribir. «¡Miguel! ¡Miguel!» El caballero se levanta y avanza hacia una de las puertas. Aparece en ella una mujer que lleva un cestito de costura.

ANDREA.- ¿Es que no puedes contestarme, Miguel? ¿No me oías? ¿No me estabas oyendo?

MIGUEL.- Sí, te oía, Andrea; sí, te oía; iba a contestarte.

ANDREA.- Ibas a contestarme, Miguel; pero no me contestabas.

MIGUEL.- Eres un poquito impaciente.  
ANDREA.- ¡Si esta impaciencia mía la tuvieras tú!  
MIGUEL.- ¿Yo? ¿Para qué? Yo deseo siempre un poco de serenidad, de sosiego.  
ANDREA.- ¿Crees tú que con el sosiego, con la serenidad, vamos a ganar mucho?  
MIGUEL.- No se trata de ganar, Andrea.  
ANDREA.- Y si no ganamos nada, ¿cómo vamos a vivir, Miguel?  
MIGUEL.- Ya vivimos, ya vivimos.  
ANDREA.- ¿Cómo vivimos?  
MIGUEL.- Van pasando los días.  
ANDREA.- Van pasando los días... ¿Es que es vida, Miguel, el vivir en esta casita tan estrecha, en que no podemos revolvemos, tú, nuestra hermana Magdalena, mi hija Constanza, tu hija Isabel y la criadita María? Nadie vive como nosotros en Valladolid.  
MIGUEL.- Nadie lo siente más que yo.  
ANDREA.- ¿Qué sientes tú, querido Miguel?  
MIGUEL.- Siento vivir en una casita en que apenas puedo trabajar.  
ANDREA.- Y por la noche no podemos dormir con el trajín de la taberna de abajo. La noche pasada, yo no he podido pegar los ojos. ¿Has podido dormir tú?  
MIGUEL.- No he podido dormir. Y apenas se ha hecho de día, he salido a pasear por el campo.  
ANDREA.- ¿Te molesto si trabajo aquí? Yo no te hablaré; puedes trabajar tú también. ¿Vas a trabajar? ¿Estabas trabajando?  
MIGUEL.- Me disponía a escribir.  
ANDREA.- Pues anda, escribe. Tu hermana Andrea no te dirá nada.  
MIGUEL.- Mi hermana Andrea me hará el favor, el ligero favor, sí, de callar un poquito.

(MIGUEL se sienta ante el bufete y va escribiendo. Pausa. DOÑA ANDREA hace labor.)

ANDREA.- Miguel..., Miguel..., no te has enterado. (Pausa.) ¿No te has enterado, Miguel?  
MIGUEL.- ¿De qué quieres que me haya enterado, Andrea?  
ANDREA.- ¡Ay! Nosotros no podremos salir nunca de pobres. Juan Merino, ¿sabes?, Juan Merino, el que vivía en las casas de Pablo... ¿No conoces a Juan Merino? Aquel que una vez... Sí; te acuerdas de él. ¡No te has de acordar! (MIGUEL sigue escribiendo en silencio.) ¿No me atiendes, Miguel? ¿No sabes lo que le ha pasado a Juan Merino? Sí; te acuerdas de él... ¡Ay! Esa suerte no podremos tenerla nunca nosotros.  
MIGUEL.- ¡Andrea, por Dios!... ¡Si hicieras el favor un momento!  
ANDREA.- Es que quisiera contarte lo que le ha ocurrido a Juan Merino.  
MIGUEL.- Bien, bien.  
ANDREA.- ¡Qué suerte! Todos tienen suerte, menos nosotros. Le han dado un destino soberbio en la Corte. ¡Claro, para tener suerte es

preciso moverse! Y estando en casa escribiendo no se pueden tener destinos de esos.

MIGUEL.- Bien, bien... Pues enhorabuena a Juan Merino.

ANDREA.- ¿Por qué tú, Miguel, no haces lo que ha hecho Juan Merino?

MIGUEL.- Yo soy Miguel de Cervantes y no Juan Merino.

ANDREA.- ¿Y para qué te sirve ser Miguel de Cervantes, querido hermano?

MIGUEL.- No lo sé; no me lo he preguntado. ¿Qué quieres que te conteste, Andrea?

ANDREA.- ¿No te gusta oír estas cosas, querido Miguel? ¿No nos dijiste que ibas a procurar que te dieran un destino? ¿Vas a hacer algo? Dime, ¿no vas a procurar que salgamos de esta situación? No; yo no te digo que lo que haces no debes hacerlo. Sí, sí; lo que escribes es muy bonito. Tienes mucho talento, Miguel. Lo dicen todos. Pero ¿es que nos ha producido mucho esa historia de Don Quijote que has publicado?

MIGUEL.- ¡Pero, Andrea; pero, Andrea!

ANDREA.- ¿Te disgusta que te diga estas cosas? Trabaja, trabaja, no quiero estorbarte. Yo trabajaré también y no te diré nada. (Pausa.

MIGUEL vuelve a escribir. Ruido de martilleo; vociferaciones; gritos de niños; cantos.) ¡Ay, qué estrépito de vecindad! Magdalena ha salido muy de mañana. ¿Dónde estará? ¿Dónde estará Isabel? ¡Qué estrépito, Miguel! ¿Me perdonas? Unas palabras nada más y te dejo... ¿Sabes que ayer tarde encontré a María Santos y me dijo que su marido ha encontrado una colocación magnífica? ¡Y llevaba una saya de raso! Hablo de María. Y al cuello, un sartal de corales precioso. Todos prosperan, medran, suben, y nosotros... En el mundo no hay más que el dinero. Tanto tienes, tanto vales. Yo he visto arrastrándose por el suelo a esa María Santos. Y ahora ya ves con qué lujo va vestida. Si al menos pudiéramos desenvolvemos un poquito... Todos suben, todos medran...

MIGUEL.- ¡Deja que suban, que medren, que se encumbren, que ganen, que se encaramen, que hagan lo que quieran hacer y lo que los otros quieran hacerles!

ANDREA.- ¿Es que te molesta que te hable de estas cosas? No, si yo no te digo nada a ti. Tú tienes mucho talento; escribes cosas muy bonitas; lo dicen todos. Yo digo sólo que no tenemos suerte; que hay gentes que lo encuentran todo hecho, todo fácil, y otras...

MIGUEL.- Bien, bien. ¿Y qué?

ANDREA.- No; nada. Yo no te digo nada.

MIGUEL.- ¿Y qué me quieres decir a mí? ¿Es que yo no hago todo lo que es posible hacer? ¿Es que es posible hacer más de lo que yo hago?

ANDREA.- ¡Cómo te pones! No te pongas así, Miguel.

MIGUEL.- No te pongas así... ¿Cómo me voy a poner? ¿Es grato todos los días, a todas horas, este sonsonete?

ANDREA.- ¿Qué sonsonete, Miguel? ¡Porque queremos que mejores, que mejoremos todos, para que tengas comodidades y puedas escribir mejor!...

MIGUEL.- Y entretanto, ¿cómo voy a escribir? ¿Es tolerable este machacar de todos los instantes?  
ANDREA.- ¡Por Dios, hermano!  
MIGUEL.- ¡Ni que fuera yo de piedra!  
ANDREA.- ¿Quién te dice nada?  
MIGUEL.- ¡Es insoportable!  
ANDREA.- ¡Jesús, cómo se pone por nada que le he dicho!  
MIGUEL.- ¡Es insoportable!  
ANDREA.- ¡Pero, Miguel, por Dios!  
MIGUEL.- ¡No es posible trabajar así!  
ANDREA.- Hoy no se te puede hablar. Me voy, me voy; no quiero que descargues conmigo. ¡Qué horror! Dé usted buenos consejos y se lo agradecerán. ¡Ya, ya! ¡Jesús, Jesús!

(MIGUEL torna a escribir Y vuelven los ruidos mil de la casa y de la calle; se oyen gritos, charlas acaloradas. MIGUEL se detiene; deja la pluma; medita con la frente en la mano. Después intenta escribir otra vez, y de nuevo se para. Se oye una voz que dice: «¡Miguel! ¡Miguel!» Pausa. La voz repite: «¡Miguel! ¡Miguel!» Otra pausa. Entra DOÑA MAGDALENA, señora con tocas de beata.)

MAGDALENA.- Pero, Miguel, ¿no me oías? ¿No me estabas oyendo? ¡Qué cansada vengo! Estoy cansadísima. ¿No te molesto?  
MIGUEL.- No.  
MAGDALENA.- Procuro siempre no molestarte.  
MIGUEL.- Es posible.  
MAGDALENA.- ¿Lo dudas? Lo que más siento es causarte alguna molestia.  
MIGUEL.- Sí.  
MAGDALENA.- Y, además, cuido siempre de que nadie te moleste.  
MIGUEL.- Sí.  
MAGDALENA.- Porque, Miguel, yo lo sé, lo sé. Los hombres que trabajan con el cerebro, lo que más sienten es que se les moleste.  
MIGUEL.- Y los otros.  
MAGDALENA.- Sí, y los otros; pero los escritores, mucho más. ¿No te molesto? Con tu permiso, querido hermano, voy a terminar aquí mis oraciones. ¡Qué cansada vengo! He estado en la Catedral, en San Pablo, en las Angustias, en San Martín, en San Benito... A San Salvador no he podido ir. Lo siento mucho. Tenía que ver allí al padre Fulgencio... ¿No te molesto, Miguel? Puedes seguir trabajando. Trabaja. Yo aquí, con mi rosario... No te diré nada. (Pausa.)  
¿Conoces tú al padre Fulgencio? Es el primer predicador de Valladolid. ¡Qué pico tiene! No, no; ahora estás trabajando. Cuando termines te contaré. Tú me dirás tu opinión. El padre Fulgencio es un gran poeta. ¿Has leído tú su libro Huerto de flores celestiales? La poesía debe ocuparse en esos asuntos. No en asuntos frívolos, mundanos. ¿No opinas tú lo mismo, Miguel? ¡Cuidado que hay poetas ligeros, licenciosos, por ahí! Debieran prohibir otras materias que estas que trata el padre Fulgencio. ¡Vaya un poeta! Éste, éste sí

que es poeta, y no los que hablan de amores, de aventuras, de lances profanos. ¿Te molesto, Miguel? Ya me dirás tu opinión. ¿Es que crees tú que la poesía profana vale algo en comparación con ésta? ¿Lo crees tú? Di, responde.

MIGUEL.- Yo no creo nada.

MAGDALENA.- No, tú quizá creas lo contrario. ¿Lo crees, Miguel?

MIGUEL.- Yo no creo nada.

MAGDALENA.- Ingenios como éstos, como el padre Fulgencio, digo, son los que honran la república de las letras. Ya quisiera yo, no te incomodes, ya quisiera yo que tú... Sé lo que me vas a decir... Ya quisiera yo que tú...

MIGUEL.- ¿Qué es lo que quisieras? Vamos, habla, acaba, termina, desembucha.

MAGDALENA.- ¡Hombre, Miguel, no vale ponerse así! No te pongas así. ¿Es que yo te ofendo? Yo hablo en términos generales. Me gusta la poesía del padre Fulgencio. ¿Es que no te gusta a ti también?

MIGUEL.- No.

MAGDALENA.- Si no la conoces, Miguel.

MIGUEL.- Entonces, si no la conozco, ¿cómo me va a gustar?

MAGDALENA.- Eso digo yo; si la conocieras, te gustaría.

MIGUEL.- O no me gustaría.

MAGDALENA.- ¿Qué sabes tú? ¿Es que puede darse una cosa más fina, más delicada, que la poesía del padre Fulgencio?... Oye, oye: me han hablado del libro que acaba de publicar Francisco Pujalte. ¡Oh, Pujalte! ¡Qué gran sabio! Se titula ese libro Disquisiciones de natural filosofía. ¿Lo has leído? ¿Te han hablado de él? Yo soy profana. Pero me gustan, vaya, me gustan esos libros sólidos, bien hechos, escritos por hombres que tienen genio y preparación...

Cuidado, Miguel, cuidado, que yo no digo que las historias de aventuras, las novelas, sean cosa baladí; todo tiene su mérito; pero Pujalte, hay que reconocerlo, es de los hombres que más valen en España. Hombres así ya pueden escribir. ¿No es cierto, Miguel?

MIGUEL.- Que escriban.

MAGDALENA.- ¿No quieres tú que escriban?

MIGUEL.- Que escriban.

MAGDALENA.- ¿Y no crees tú que para escribir se necesita tener esa preparación sólida, honda, que tiene Pujalte?

MIGUEL.- Que la tenga.

MAGDALENA.- Digo yo que eso es lo que ha de quedar, lo que ha de perdurar, y no las frivolidades, chanzas y burlerías de otros escritores.

MIGUEL.- ¿Qué escritores? Vamos, sí. ¿Qué escritores? ¿Quiénes son esos escritores?

MAGDALENA.- ¡Por Dios, Miguel! ¡Por Dios! ¿Es que te incomodas? ¿Pero cómo ha de pasar por mi imaginación el aludir para nada a lo que tú escribes? ¿No soy yo la primera admiradora de todo lo tuyo? ¿No le digo a todo el mundo que tú tienes mucho talento?

MIGUEL.- Bien, bien; conformes; de acuerdo. Bien, bien.

MAGDALENA.- ¡Qué sequedad! ¡Qué brusco eres algunas veces, Miguel! Perdona que te lo diga. ¿Así tratas a quien tanto te quiere?

MIGUEL.- Si quien tanto me quiere, es decir, mi hermana Magdalena, quisiera quererme un poquito más...

MAGDALENA.- ¿Qué haría tu hermana Magdalena, qué haría yo?

MIGUEL.- Dejarme trabajar en paz, con tranquilidad, con sosiego, con reposo, con serenidad.

MAGDALENA.- ¡Jesús, Jesús! ¡Eso es decirme que me vaya, eso es echarme! Me voy, me voy. ¡Dé usted consejos a estos escritores! ¡Ándese usted con finuras con estos novelistas! ¡Jesús, Jesús!

(Se marcha DOÑA MAGDALENA. MIGUEL se pone a escribir. Pausa. Aparece en la puerta CONSTANZA, pazguata y zoncita; habla desde el umbral.)

CONSTANZA.- Tío.

MIGUEL.- Sobrina.

CONSTANZA.- Tío.

MIGUEL.- Constancita.

CONSTANZA.- Tío, que dice mi madre...

MIGUEL.- ¿Qué dice tu madre?

CONSTANZA.- Dice mi madre...

MIGUEL.- ¿Qué dice mi hermana Andrea?

CONSTANZA.- Dice mi madre...

MIGUEL.- Acaba de decir lo que dices que dice tu madre.

CONSTANZA.- Dice mi madre que...

MIGUEL.- ¿Qué?

CONSTANZA.- Que...

MIGUEL.- ¿Acabarás?

CONSTANZA.- Tío.

MIGUEL.- Sobrina...

CONSTANZA.- Tío...

MIGUEL.- Por cuarta, quinta o sexta o décima vez: sobrina.

CONSTANZA.- Que dice mi madre...

MIGUEL.- ¿Qué dice tu madre?

CONSTANZA.- ¿Me permite usted que lo diga, tío?

MIGUEL.- Te perdono que lo digas, sobrina.

CONSTANZA.- ¿Se incomodará usted, tío?

MIGUEL.- No me incomodaré, sobrina.

CONSTANZA.- ¿De verás no se incomodará usted?

MIGUEL.- Lo que va a pasar es que voy a incomodarme por no incomodarme.

CONSTANZA.- Pues no se lo digo a usted.

MIGUEL.- Ya estoy incomodado.

CONSTANZA.- Pues desincomódese usted, tío.

MIGUEL.- Ya estoy desincomodado.

CONSTANZA.- ¿Tranquilo del todo, tío?

MIGUEL.- Tranquilo del todo.

CONSTANZA.- ¿Se lo digo a usted?

MIGUEL.- Dímelo.

CONSTANZA.- Es que es una cosa muy delicada.



MIGUEL.- Pues espera que no esté tan delicadita esa cosa para decírmela.

CONSTANZA.- ¡Ay, ay! Yo no quiero que mi tío se burle de mí.

MIGUEL.- Pues acaba, ¡caramba!, y dime lo que dice tu benditísima madre, mi hermana.

CONSTANZA.- Dice que por qué no hace usted algo para que salgamos de esta situación.

MIGUEL.- Lo que voy yo a hacer es tomar la puerta y marcharme con cincuenta mil diablos.

CONSTANZA.- ¡Jesús, Jesús, Jesús!

(Se marcha CONSTANZA.)

MIGUEL.- ¡Habrás visto! ¡No, y parece tan zoncita y para poco! Si no fuera porque en el fondo es buena... Buenas son todas, sí, en el fondo. ¡Lástima que se tenga que rascar y hurgar un poco para llegar a ese fondo! (MIGUEL permanece un momento con la frente reclinada en la mano; luego escribe; después, como no cesa el estrépito, torna a meditar con el codo en la mesa. Entra en silencio ISABEL; se va acercando de puntillas al caballero y le da un beso en la cabeza.)

¡Ah, Isabel!

ISABEL.- ¿Estás triste? ¿Tienes alguna pena?

MIGUEL.- Ahora ya no.

ISABEL.- ¿Antes sí?

MIGUEL.- Antes no podía trabajar.

ISABEL.- ¿No podías trabajar por estos ruidos de la casa?

MIGUEL.- Por estos ruidos y por todo.

ISABEL.- ¿Ha estado aquí la tía Andrea? ¿Ha estado tía Magdalena?

MIGUEL.- Han estado las dos.

ISABEL.- ¿Y han vuelto a sus temas de siempre?

MIGUEL.- Y no les he tirado una silla a la cabeza...

ISABEL.- ¿Por qué les haces caso?

MIGUEL.- No les hago caso.

ISABEL.- ¿Por qué te entristeces?

MIGUEL.- Si todas las mujeres fueran como tú, como mi hija Isabel, yo no me entristecería.

ISABEL.- ¿Quieres que todas sean como yo?

MIGUEL.- Y yo te querría..., te querría, Isabel, querida Isabel, te querría un poco más cerca de mí.

ISABEL.- ¿No estoy cerca? ¿No estoy junto a ti?

MIGUEL.- No es eso, Isabel. ¿Dónde fuiste anoche? Te oí; estaba yo desvelado; te oí salir.

ISABEL.- Fui a casa de Leonor Acosta.

MIGUEL.- ¿Por qué vas a casa de Leonor Acosta a esas horas?

ISABEL.- Eran las diez; tú te acostaste muy temprano. Las diez en mayo, en este tiempo, es una hora temprana. ¿No quieres que vaya a casa de Leonor Acosta?

MIGUEL.- Quiero, Isabel, tenerte siempre junto a mí. Soy un poco egoísta. Como la dicha para mí es tan deleznable, tan fugaz, quiero

tener prisionera entre mis manos la poquita dicha que tengo, y esa dicha, Isabel, eres tú. Y no quiero, no quiero verte por ahí, fuera de casa. Me entran, al pensarlo, pensamientos muy tristes.

ISABEL.- ¿Te entristeces otra vez? Ten confianza; sé fuerte; fuerte, animoso, te quiero yo.

MIGUEL.- ¡Ah, Isabel! ¡Cómo me alienta el oírte así! Tú quieres que sea animoso.

ISABEL.- ¡Animoso, muy animoso!

MIGUEL.- ¿Para qué?

ISABEL.- Para que escribas muchos libros como esa historia de Don Quijote tan bonita.

MIGUEL.- ¿Te gusta a ti ese libro?

ISABEL.- Lo sé de memoria... ¿Quieres que te diga algún capítulo? ¿Qué capítulo quieres que te diga?

MIGUEL.- ¡Bah, bah! Retrechera, zalamera... Con esa labia, ¿cómo no has de cautivar a todos?

ISABEL.- ¿Tú crees que tengo yo simpatía?

MIGUEL.- ¿Que no tienes tú simpatía?

ISABEL.- ¡Oh, si yo la tuviera! Yo quisiera tenerla para...

MIGUEL.- ¿Para qué quisieras tener lo que tienes?

ISABEL.- Para hechizar a mi querido padre y decirle: No hagas caso de parlerías y cuentos. Tú vales más que todos. Esas historias y novelas tuyas son como el oro al lado de la escoria. Y la escoria son todos los librotos sabios, macizos, eruditos, que escriben los que no te llegan a ti ni a la suela del zapato.

MIGUEL.- ¿Lo crees tú eso?

ISABEL.- Y tú también.

MIGUEL.- ¿Yo?

ISABEL.- Sí; pero muchas veces dudas de ti mismo, y eso es lo que yo no quiero.

MIGUEL.- Pues asísteme tú a todas horas y no te separes de mí.

ISABEL.- ¡Nunca, nunca! ¡Siempre a tu lado! Y la prueba de que te quiero...

MIGUEL.- ¿Qué?

ISABEL.- La prueba de que te quiero es que...

MIGUEL.- Lo sé...

ISABEL.- ¿Quién te lo ha dicho?

MIGUEL.- Te he sorprendido; tú no me has visto.

ISABEL.- ¡Ah, no; eso no vale! ¡Yo estaba haciendo en secreto esa labor para regalártela el día de tu santo, y ahora resulta que tú estabas enterado!

MIGUEL.- Perdona mi indiscreción; es muy bonita.

ISABEL.- ¿Quieres ver cómo la llevo?

MIGUEL.- Vamos a tu cuarto.

(Se marchan los dos. Pausa. Asoma por la puerta del fondo la cabeza de VÍCTOR. Cautelosamente, VÍCTOR observa el cuarto, y después entra, seguido de POSTÍN.)

VÍCTOR.- Sí; esta es la casa; aquí trabaja Cervantes. Esta es la casa, pequeñita, angosta, pobre. En el primer piso viven la viuda de un historiador y un niño, su hijo. Al lado, Cervantes. Luego, en el segundo, otra viuda, con dos hijos y su madre; también en el mismo piso, otra viuda...

POSTÍN.- ¡Pues es la casa de las viudas!

VÍCTOR.- ¡En guardia, Postín!

POSTÍN.- Ya lo sé.

VÍCTOR.- Como decíamos, en el segundo también la viuda de un poeta, con dos hermanas de la tal viuda; otra señora y un escudero con su mujer.

POSTÍN.- ¿No quedan más viudas?

VÍCTOR.- ¿Cómo que no? En el otro cuarto alto, otra viuda, la viuda de un doctor. Y en el piso bajo, una taberna.

POSTÍN.- Me voy al piso bajo.

VÍCTOR.- Sí, aquí vive Cervantes con su hija, su hija natural, Isabel; dos hermanas, una sobrina y una criadita. La mujer de Cervantes está en su pueblo.

(Siguen los ruidos, cantos, disputas, gritos, martillazos.)

POSTÍN.- ¿Aquí trabaja Cervantes?

VÍCTOR.- Aquí debe de trabajar.

POSTÍN.- ¿Con ese estrépito?

VÍCTOR.- No sé cómo puede escribir.

POSTÍN.- ¡Pues me río yo de la otra casita!

VÍCTOR.- Ese será su escritorio; ahí tendrá guardadas sus cuartillas... Parece que no hay nadie en la casa; la puerta estaba abierta. Hemos entrado y aquí estamos.

POSTÍN.- ¿Y qué vamos a hacer aquí?

VÍCTOR.- Observarlo todo. No sé dónde darán estas puertas.

(Observan el interior; por una de las puertas entra Cervantes en silencio; VÍCTOR y POSTÍN están de espaldas. Al volverse VÍCTOR, se encuentra frente a Cervantes.)

VÍCTOR.- ¡Ah, perdone usted!

MIGUEL.- Señor...

VÍCTOR.- ¿Don Miguel de Cervantes?

MIGUEL.- Sin don; no lo tengo.

VÍCTOR.- No lo necesita usted, querido maestro.

MIGUEL.- Eso es otra cosa. (¡Qué tipo tan raro! ¡Debe ser un loco!)

¿Y usted?

VÍCTOR.- Yo me llamo Víctor Brenes.

MIGUEL.- ¡Ah, Víctor Brenes! (Pues no es un loco, es un poeta; poco más o menos, lo mismo.) ¿Es usted poeta?

VÍCTOR.- Yo soy quien ha mandado a usted...

MIGUEL.- Quien me ha mandado ese fragmento tan bonito de su libro

inédito La casa encantada.

VÍCTOR.- ¿Bonito?

MIGUEL.- Hermoso, fino, original...

VÍCTOR.- ¡Qué emocionado estoy!

MIGUEL.- ¿Es usted forastero?

VÍCTOR.- Forastero en el espacio y en el tiempo.

MIGUEL.- (Es un loco.) Ya veo que está usted emocionado.

VÍCTOR.- Perdóneme, perdóneme.

MIGUEL.- Tranquilícese usted; hablemos como dos antiguos amigos.

VÍCTOR.- ¡Qué felicidad, qué felicidad!

MIGUEL.- ¿Cuál?

VÍCTOR.- La de haber escrito ese libro tan bello, tan soberanamente hermoso, del Quijote.

MIGUEL.- ¡Qué felicidad... cuando yo esté muerto!

VÍCTOR.- ¡Oh, no, la gloria es la gloria!

MIGUEL.- Sí, sí, la gloria es la gloria.

VÍCTOR.- ¿Trabaja usted mucho, querido maestro?

MIGUEL.- ¡Y cómo no trabajar!

VÍCTOR.- Terrible cosa el trabajar continuamente.

MIGUEL.- Los que trabajamos con la pluma no podemos descansar. El ejercicio continuado es lo que da al cerebro la tensión necesaria para la obra creadora. Detenerse es perder esa tensión, esa fluidez, ese equilibrio tan necesario. Durante veinte, treinta años, hemos ido creando en nosotros un ritmo interior. Trabajamos según ese ritmo. Cuando nos encontramos en ese estado de tensión, la obra se produce con una facilidad y una rapidez que de otro modo no tendríamos.

VÍCTOR.- Yo lo siento también así, querido maestro.

MIGUEL.- Y así nosotros, amigo mío, trabajadores infatigables, en el cerebro, trabajadores dolorosos, no podemos, aunque nos veamos prósperos, aunque seamos ricos, detenernos en la tarea.

VÍCTOR.- Exacto, exacto, querido maestro.

MIGUEL.- ¿Me permite usted ahora una indiscreción?

VÍCTOR.- No la habrá en sus palabras.

MIGUEL.- Cuando le he visto a usted con ese traje, he tenido una impresión extraña.

VÍCTOR.- ¿Con ese traje? Es el traje del siglo XX, ¿verdad, Postín?

POSTÍN.- No faltaba más.

MIGUEL.- ¿Es éste su escudero de usted?

POSTÍN.- ¿Yo escudero?

MIGUEL.- Tiene cara de buenazo, como Sancho.

VÍCTOR.- Es muy bueno Postín.

POSTÍN.- Muchas gracias, muchas gracias...

MIGUEL.- ¿Decía usted que ese traje es del siglo XX? A un poeta le está permitido todo. ¡Qué bonito es su poema de La casa encantada!

VÍCTOR.- ¿De verás lo ha leído usted?

MIGUEL.- Fino, original.

VÍCTOR.- ¿Me permite usted una pregunta?

MIGUEL.- Hágala usted.

VÍCTOR.- ¿Desearía usted trabajar en una casa más tranquila que ésta?

MIGUEL.- Ansío el silencio.

VÍCTOR.- No escribiría usted mejor que aquí.

MIGUEL.- ¿Lo cree usted?

VÍCTOR.- No, no; escribiría usted mejor.

MIGUEL.- El medio en que se desenvuelve el artista influye mucho en su obra.

VÍCTOR.- Según y cómo.

MIGUEL.- Lo difícil para un escritor es dar a su obra un tono de serenidad, de bello equilibrio. El ambiente en que el artista se mueve penetra en su obra. Un artista que viva en un medio pobre ha de tropezarse diariamente, en cada momento, con la violenta realidad del ambiente.

VÍCTOR.- ¿Me permite usted, querido maestro?

MIGUEL.- ¿No lo ve usted así?

VÍCTOR.- Ese ambiente de que usted habla es doloroso, sí. La pobreza es terrible. Y es terrible principalmente para quien ha de realizar una obra de serenidad, de alteza espiritual, de finura. Pero ¿y la reacción del artista contra ese ambiente? La obra nacida en ese ambiente bronco y áspero tiene un tono de serenidad y de finura que acaso no tendría nacida en otro. Usted, querido maestro, ha hablado repetidas veces del maravilloso silencio, y en sus libros ha dado la impresión honda y gratísima de ese silencio. Y yo pensaba, al escuchar el estrépito de esta casita -perdóneme usted-, que esa impresión no hubiera podido darla, por ejemplo, otro artista que escribiera en un lugar profundamente plácido y silencioso.

MIGUEL.- ¿Dice usted que ese traje es del siglo XX?

VÍCTOR.- Del siglo XX.

MIGUEL.- ¿Es usted poeta? ¿Verdad?

VÍCTOR.- Lo pretendo.

MIGUEL.- ¡Qué genialidades tan raras tienen los poetas!

VÍCTOR.- Me hace usted sonreír, querido maestro.

MIGUEL.- Del siglo XX. ¿Cree usted que una obra escrita en el siglo XVII será enteramente comprendida al cabo de tres siglos?

VÍCTOR.- Enteramente.

MIGUEL.- Hay siempre en una obra de arte matices finos, estados espirituales, que apenas podemos expresar y que seguramente, en el correr del tiempo, han de quedar desvanecidos.

VÍCTOR.- La inteligencia va afinándose a lo largo del tiempo.

MIGUEL.- ¿Qué será de mi obra dentro de cuatro siglos?

VÍCTOR.- Es usted, maestro, un poderoso creador. Su obra es admirada universalmente. La creación, en arte, es lo supremo. No hay nada, en arte, superior a la creación. ¿Qué valen los recios y profusos y pedantescos tomos de todos los pensadores al lado de la página alada, sutil, de un novelista o de un poeta?

MIGUEL.- Sí, es verdad; la cuestión no es saber, sino sentir. Si yo fuera creador no me importaría a mí el no ser pensador. No me importaría a mí que me dijeran: «No sabe». Lo que me importaría sería que me dijeran: «No siente».

VÍCTOR.- Sentir es lo supremo.  
MIGUEL.- ¡Poeta, poeta, un abrazo, un abrazo!  
VÍCTOR.- ¡Qué emocionado estoy!

(Se oyen fuera las voces de altercado de DOÑA ANDREA y DOÑA MAGDALENA, y otra voz sonora grita: «¡Ah del castillo! ¿No está nadie en esta mansión señorial? ¡Ah del castillo!»)

MIGUEL.- Ya está aquí Don Quijote.  
VÍCTOR.- ¿Don Quijote?  
MIGUEL.- El propio Don Quijote de la Mancha.  
POSTÍN.- ¿Viene también Sancho Panza?  
MIGUEL.- ¿Postín está enterado? ¿Conoce la historia de Don Quijote?

POSTÍN.- ¡Anda, ya lo creo!  
VÍCTOR.- Me ha oído a mí tantas veces hablar de Don Quijote...  
MIGUEL.- Ya..., ya... Ya me parecía a mí que este Postín era una persona digna de aprecio.  
POSTÍN.- ¡Y que no me gusta a mí poco la historia de Don Quijote!  
MIGUEL.- Ya lo decía yo: este escudero es un hombre estimable.  
VÍCTOR.- Es un hombre buenísimo.  
POSTÍN.- Muchas gracias.

(Vuelven a sonar voces. Una voz grita: «¡Ah del castillo! ¿No hay nadie en esta mansión señorial?»)

VÍCTOR.- ¿Es Don Quijote? ¿Existe Don Quijote?  
MIGUEL.- ¿Lo pregunta un poeta? ¿No sabe el señor poeta que los entes de nuestra imaginación son más reales que la misma realidad?  
VÍCTOR.- El ensueño es la realidad; las ficciones del arte son la más viva realidad. Pero ¿existe Don Quijote?  
MIGUEL.- Don Quijote va a entrar dentro de un momento. ¿No lo oyen ustedes?  
POSTÍN.- ¿Y Sancho Panza?  
MIGUEL.- Sancho Panza está labrando las hazas de una huerta. Don Quijote estará aquí en seguida.  
VÍCTOR.- Deseo contemplarlo; tengo ansiedad por verlo.  
POSTÍN.- Ya está aquí.

(Entran DON JACINTO, DOÑA ANDREA y DOÑA MAGDALENA; vienen enzarzados

en una disputa. Al entrar como vienen, no reparan en la presencia de VÍCTOR y POSTÍN. Éstos se retiran discretamente a un rincón.)

JACINTO.- ¡Ah del castillo! ¿Y las gentiles y bellas damas?  
ANDREA.- Sí, sí, Jacinto; es usted, es usted quien saca de sus casillas a Miguel.

MAGDALENA.- Sin usted no estaría él tan alucinado como está.  
JACINTO.- ¿Yo, yo? Vamos, Andrea, Magdalena. ¿Y los donceles y pajes de este castillo? ¿Y el señor magnífico de esta mansión? No tiene usted razón, Andrea, ni usted, Magdalena...  
ANDREA.- Sí, sí; es usted.  
MAGDALENA.- Usted es quien tiene la culpa.  
JACINTO.- ¿Me río? ¡Ja, ja, ja! Aquí está el señor de esta mansión; él podrá contestarles a ustedes.

(Se vuelven los tres y reparan en VÍCTOR y POSTÍN.)

ANDREA.- ¡Jesús!  
MAGDALENA.- ¿Qué es esto?  
JACINTO.- ¿Un encantador?  
MIGUEL.- Les presento a ustedes a un poeta.  
MAGDALENA.- ¿Un poeta?  
ANDREA.- ¡Qué raro!  
JACINTO.- ¡Qué extraño!  
MIGUEL.- Perdóneles usted, amigo Brenes. Lo dicen por el traje.  
JACINTO.- Pero ¿es un poeta?  
MIGUEL.- ¡Un poeta del siglo XX!  
JACINTO.- ¡Oh, un poeta del siglo XX!  
MAGDALENA.- ¡Pero, Miguel, tú sueñas!  
ANDREA.- Deliras.  
MIGUEL.- Un poeta, ni más ni menos, del siglo XX.  
MAGDALENA.- ¡Cómo va vestido!  
ANDREA.- ¡Qué traje tan raro!  
JACINTO.- Pero, ¿es de veras?  
VÍCTOR.- Veo la extrañeza de todos ustedes. Sí, vivo en el siglo XX.  
JACINTO.- No pueden remediar su extrañeza.  
VÍCTOR.- ¿Y usted?  
JACINTO.- A mí me parecen naturales todas las genialidades de los poetas.  
POSTÍN.- Acérquense ustedes, acérquense, tóquense; no hace nada.  
MAGDALENA.- Es verdad.  
ANDREA.- Tiene cara de bueno.  
POSTÍN.- Ya lo creo que es bueno.  
MIGUEL.- ¿Qué le parece a mi señor Don Quijote?  
VÍCTOR.- ¿Es usted Don Quijote?  
JACINTO.- El mismo.  
MIGUEL.- No he hecho la debida presentación. Querido Brenes: nuestro convecino, nuestro amigo don Jacinto Martín.  
VÍCTOR.- ¿Y por qué le llaman a usted Don Quijote?  
JACINTO.- Porque la gente supone en mí un optimismo, un entusiasmo, una perpetua ilusión y una generosidad que yo, desgraciadamente, no tengo.  
MIGUEL.- Sí, sí; la tiene usted.  
MAGDALENA.- Es usted bueno y generoso.

ANDREA.- ¡Ya lo creo que es bueno!

MIGUEL.- Bueno, generoso y entusiasta como habrá pocos en el mundo. Y por todo esto, y porque Jacinto trae siempre a esta casa una ráfaga de confianza, de fe y de esperanza, es por lo que todos aquí le llamamos Don Quijote.

JACINTO.- Y yo lo tengo a mucha honra. ¡Ah, si me pareciera yo un poco a Don Quijote!

VÍCTOR.- Ya se parece usted.

POSTÍN.- Ya lo creo.

JACINTO.- Claro, a fuerza de oírme llamarme Don Quijote, y llevado por mi amor a ese gran personaje, he ido poco a poco, sin darme cuenta, acomodando mi figura a la del caballero inmortal. ¡Si me pareciera yo un poquito por dentro a Don Quijote!

MIGUEL.- ¡Y tanto como se parece!

MAGDALENA.- Salvo que con sus cosas hace que Miguel...

ANDREA.- Si no fuera porque a Miguel...

MIGUEL.- ¿Qué queréis decir? ¿Que Jacinto alienta en mí el ensueño y la quimera novelesca? Yo se lo agradezco.

MAGDALENA.- Pero Miguel...

ANDREA.- Querido hermano...

JACINTO.- Vamos, Andrea, Magdalena, vosotras sois buenas; reparad en que todo no es materia en la vida... ¡Ah del castillo! ¿Y las damas gentiles de esta mansión señorial? No todo es materia en la vida; hay que poner la mente en cosas más altas... ¿No es verdad, señor poeta?

VÍCTOR.- Así pienso yo.

JACINTO.- ¿Dónde esta Isabel?

MIGUEL.- ¡Por ahí dentro anda!... ¡Isabel, Isabel!

(Entra ISABEL.)

ISABEL.- ¡Ah!

VÍCTOR.- ¡Oh!

MIGUEL.- Un poeta del siglo XX.

VÍCTOR.- ¿Se llama usted Isabel, señorita?

ISABEL.- Ese es mi nombre.

VÍCTOR.- ¡Qué raro!

ISABEL.- ¿Raro que me llame Isabel?

VÍCTOR.- Raro el que yo haya conocido a otras dos jóvenes que se llamaban así.

ISABEL.- ¿Y ahora siente usted conocer a la tercera?

VÍCTOR.- Ningún sentimiento.

ISABEL.- ¡Como lo dice usted con ese tono!

VÍCTOR.- El tono, señorita, no era de tristeza.

ISABEL.- Si fuera de tristeza, no me extrañaría; los poetas son un poco tristes.

VÍCTOR.- Lo han sido en todo tiempo.

ISABEL.- ¿Lo son más en el siglo XX que en el XVII?

VÍCTOR.- El corazón de los poetas es igual en todos los tiempos.



ISABEL.- ¿Le gustan las flores a los poetas del siglo XX?  
VÍCTOR.- Le gustan las flores.  
ISABEL.- ¿Y las mariposas que vuelan por el azul?  
VÍCTOR.- Y las mariposas.  
ISABEL.- ¿Y las nubes que caminan blancas por el cielo?  
VÍCTOR.- Y las nubes.  
ISABEL.- ¿Y el agua cristalina, corriente?  
VÍCTOR.- Y el agua.  
ISABEL.- ¿Y los árboles frondosos?  
VÍCTOR.- Y los árboles.  
ISABEL.- Entonces, los poetas del siglo XX son iguales a los del siglo XVII.  
VÍCTOR.- Exactamente iguales; pero se ha olvidado usted de una cosa, señorita.  
ISABEL.- ¿De qué me he olvidado?  
VÍCTOR.- De los ojos grandes, bellos y ensoñadores.  
ISABEL.- Es porque deseaba saber si lo olvidaba usted también.  
VÍCTOR.- Yo no podía olvidar lo que tengo presente.  
ISABEL.- En el siglo XX los poetas son tan lisonjeros como en el XVII.  
VÍCTOR.- Y en el XVII hay mujeres tan agudas como en el XX.  
ISABEL.- ¿No lo imaginaba usted así?  
VÍCTOR.- Yo me imaginaba encontrar en el XVII una mujer entusiasta.

ISABEL.- Las hay entusiastas.  
VÍCTOR.- ¿Y despreciadoras del dinero?  
ISABEL.- Y despreciadoras.  
VÍCTOR.- ¿Y amigas de los hombres infortunados?  
ISABEL.- De los hombres infortunados.  
VÍCTOR.- ¿Y alentadoras de las ilusiones?  
ISABEL.- Y alentadoras.  
VÍCTOR.- ¿Y apasionadas?  
ISABEL.- Apasionadas.  
VÍCTOR.- ¿Y cordiales?  
ISABEL.- Cordiales.  
VÍCTOR.- ¿Y exaltadas?  
ISABEL.- Exaltadas.  
VÍCTOR.- Así quieren los poetas a las mujeres.

(MIGUEL va rápidamente hacia VÍCTOR y le da un fuerte abrazo; permanecen abrazados un momento.)

MIGUEL.- Víctor Brenes se queda hoy a almorzar con nosotros.  
ANDREA.- ¿Cómo?  
MAGDALENA.- ¿Qué?  
MIGUEL.- Se queda hoy a almorzar con nosotros.  
ANDREA.- ¡No querrá hacer penitencia!  
MAGDALENA.- ¡Pasará un mal rato!  
VÍCTOR.- Gracias, gracias; no se molesten ustedes.

MIGUEL.- Almuerzo modesto, sí; pero ofrecido de todo corazón.  
ANDREA.- Pero, Miguel...  
MAGDALENA.- Miguel, repara...  
MIGUEL.- Brenes no es hombre exigente.  
JACINTO.- El señor Brenes se queda a almorzar con nosotros; pero quien invita soy yo. Yo invito a todos. Todos vamos a comer a mi casa del Sotillo. Está cerca de aquí, señor Brenes, a diez minutos. Comeremos todos en el campo, entre los árboles. Voy a prepararlo todo. ¡Ah del castillo! ¿Dónde están las gentiles damas de esta mansión señorial?  
ANDREA.- ¡Qué hombre, qué hombre!  
MAGDALENA.- ¡Qué iluso!  
ANDREA.- ¿Y Constancia? ¡Constanza, Constanza!

(Entra CONSTANZA; se detiene en la puerta, con los ojos bajos.)

CONSTANZA.- ¿Qué manda, madre? (Levanta la vista y ve a VÍCTOR.)  
¡Me valga Dios!  
JACINTO.- ¡Un poeta del siglo XX! Y de todos los siglos. En marcha.  
¡Viva la poesía! ¡Viva la vida!  
MIGUEL.- Este Don Quijote...  
VÍCTOR.- ¡Viva Don Quijote!  
TODOS.- ¡Viva, viva!

TELÓN

Cervantes o La casa encantada - Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Cervantes o La casa encantada  
Azorín

Epílogo

Decoración del primer cuadro de la obra. Al levantarse el telón, un momento la escena desierta. Salen luego por la puerta del fondo VÍCTOR e ISABEL. ISABEL en traje de calle; VÍCTOR, con gabán, el sombrero puesto y bastón.

ISABEL.- ¿Te sientes bien?

VÍCTOR.- ¡Ya lo creo! Bien, y fuerte...

ISABEL.- Tanto como fuerte, no. Después de quince días de enfermedad.

VÍCTOR.- Sí, pero llevo ya ocho levantado, andando por mi despacho.

ISABEL.- Sin embargo... El paseo te sentará bien; ya están los días templados.

(Sale POSTÍN.)

POSTÍN.- Señor...

ISABEL.- ¿Qué hay, Postín?

VÍCTOR.- Di.

POSTÍN.- El señor Durán está ahí.

ISABEL.- Vamos a salir.

VÍCTOR.- Déjale que pase.

ISABEL.- Nos verá en traje de calle.

VÍCTOR.- Por eso; es de confianza; le diremos que vamos a pasear.

Anda, Postín, dile que entre.

(Se marcha POSTÍN.)

ISABEL.- No debías haber dicho que pasara.

VÍCTOR.- Un momento nada más, y luego, yo deseo decirle dos palabras.

(Entra RAFAEL DURÁN.)

DURÁN.- Querido maestro... Isabel...

VÍCTOR.- Venga acá el sin par periodista.

ISABEL.- Pase usted.

DURÁN.- ¿Van ustedes a salir?

VÍCTOR.- Mi primera salida.

DURÁN.- Lo celebro.

ISABEL.- Está ya bien del todo.

VÍCTOR.- Tan bien, que ya leo, escribo, trabajo.

ISABEL.- A pesar mío.

VÍCTOR.- A pesar de Isabel, que no quiere dejarme leer. Y ella es quien me ha leído el plan de la comedia de usted.

ISABEL.- Y él lo ha leído después otra vez.

DURÁN.- ¿Es posible? Pero, querido maestro, si no había tanta prisa...

VÍCTOR.- Interesante, interesante...

ISABEL.- Sí, muy interesante.

DURÁN.- ¿Mi obra?

VÍCTOR.- El plan de su comedia.

ISABEL.- Sí, Durán; muy bonita; será muy bonita.

DURÁN.- ¿Usted lo cree?

VÍCTOR.- El plan está bien trazado. Ante todo, hablemos del título... Cervantes. ¿No lo cree usted un poco...? ¿Cómo diré yo?

DURÁN.- Atrevido.

VÍCTOR.- No, no; falta algo en ese título. Yo le pondría Cervantes o La casa encantada; a mí me parecen bien los títulos dobles.

DURÁN.- Cuando son expresivos.

VÍCTOR.- Precisamente. ¡Ah! Y antes que se me olvide; gracias, querido Durán, muchas gracias por la manera como me trata usted en su obra.

DURÁN.- No crea usted, querido maestro, que voy a poner los mismos nombres que en el original. Los cambiaré.

VÍCTOR.- ¿Los nombres nuestros? ¿El de Isabel y el mío? No, no; déjelos usted.

ISABEL.- Sí, Durán, déjelos usted. ¿Y por qué no? La obra es una cosa histórica.

DURÁN.- Yo me he atenido al relato de Postín; al relato del delirio en la enfermedad de usted.

VÍCTOR.- Sí, ya me lo dijo usted hace tres días, cuando me trajo el manuscrito del plan. Yo se lo agradezco; en todo eso no hay nada depresivo, molesto, para nadie. Pero... una duda.

(Humorísticamente.) Isabel, ¿crees que debo decírselo?

DURÁN.- Me intranquiliza usted, maestro.

ISABEL.- No le haga usted caso; desea intrigar a usted.

VÍCTOR.- (Poniéndose cómicamente severo.) Es cosa seria; las leyes del teatro; la comprensión del público; la lógica teatral; la comedia que se pierde de un acto a otro; lo teatral y lo literario... ¡Oh, terrible, terrible!

ISABEL.- ¿Ve usted, Durán? Ya está fantaseando.

DURÁN.- Y es buena señal.

VÍCTOR.- ¡Oh, el teatro! Cosa difícil, ardua, pavorosa.

ISABEL.- Sigue, sigue el humor...

DURÁN.- Querido maestro, hable usted. ¿Qué significan esas palabras?

VÍCTOR.- ¿Que qué significan?

DURÁN.- Sí.

VÍCTOR.- Que le van a decir a usted que la obra no se entenderá; que el público no entenderá lo que usted ha querido hacer; que es necesario, imprescindible, indispensable, ineludible; que usted, al final de la obra, dé una explicación.

DURÁN.- ¿Una explicación?

ISABEL.- Pero si está claro, Víctor.

VÍCTOR.- No, no; yo lo entiendo todo. ¡No faltaba más! o el público no lo entenderá.

DURÁN.- ¿Y necesito yo dar una explicación?

VÍCTOR.- Cabal, de la usted.

DURÁN.- ¿Cómo?

VÍCTOR.- Diciendo lo que se ha propuesto hacer en la obra.

DURÁN.- Usted lo sabe mejor que yo.

ISABEL.- Y yo.

VÍCTOR.- Pero ¿y el público?

DURÁN.- ¿No se ve en la comedia que juega un papel principal, esencial, único, lo subconsciente? Y lo subconsciente, ¿no es toda nuestra vida? En el fondo de nuestra persona existe una vitalidad fuerte, misteriosa, ignorada de nosotros mismos; esa fuerza es la subconsciencia. Andamos por la vida, pensamos; hablamos, escribimos... Y todo, sin que nos demos nosotros cuenta, está inspirado, regido, ordenado por lo subconsciente. No conocemos nosotros esa fuerza, ese explosivo formidable que en nuestra persona llevamos. Y un día, con motivo de una desgracia, de una honda aflicción, de una conmoción profunda, se hace en nuestro cerebro como una hendidura, y por ella se escapa, con palabras desordenadas, incoherentes, pero de una verdad profunda, todo nuestro ser

interior.

ISABEL.- ¡Bravo, bravo!

VÍCTOR.- Bien explicado. Y el poeta de usted...

DURÁN.- Y mi poeta, el de esa comedia...

VÍCTOR.- Yo.

DURÁN.- Sí, usted.

ISABEL.- La verdad; toda la verdad.

DURÁN.- Y mi poeta, lleno de la idea, de la sensación, de su poema; lleno de Cervantes, de la idea de Cervantes, pobre, mísero, abatido, postergado; mi poeta no se da cuenta exacta de lo que hay en el fondo de su espíritu, hasta que una enfermedad, una fiebre alta durante esa enfermedad, le deja entregado a sí mismo, y hace que todo lo subconsciente brote en los momentos del delirio.

VÍCTOR.- Sí, sí; la vida está regida por fuerzas misteriosas, profundas; es más lo que duerme en las tinieblas del ser que lo que se ve a plena luz.

ISABEL.- Vamos, Víctor; y usted, Durán... No se sumerjan ustedes en disquisiciones filosóficas. El campo, el cielo, los árboles,

esperan.

DURÁN.- Sí, sí; no se detengan por mí.

VÍCTOR.- Esperad, esperad... La vida profunda, el misterio de las fuerzas ocultas, poderosas. Esperad, esperad. (Desaparece por la puerta del fondo.)

DURÁN.- ¿Dónde va?

(ISABEL se aproxima a la puerta y observa ansiosa, emocionada, lo que hace dentro del despacho VÍCTOR. De pronto, se dirige precipitadamente a DURÁN y coge sus manos.)

ISABEL.- Rafael, Rafael... ¡Qué angustia! ¡Usted no sabe!

DURÁN.- ¿Qué sucede?

(Aparece el DOCTOR, sonriente. ISABEL va ahora hacia él y con la misma emoción exclama:)

ISABEL.- ¡Doctor, doctor! ¡Otra vez! ¡Terrible, terrible!  
DOCTOR.- Pero ¿qué pasa aquí?  
ISABEL.- ¡Otra vez! ¡La tercera! Antes de ayer por la tarde y ahora.  
DOCTOR.- Vamos, vamos, calma.  
ISABEL.- Tiene la obsesión, la terrible obsesión; está alucinado; no se aparta de su cerebro esa idea.  
DOCTOR.- ¿La visión?  
ISABEL.- La visión, sí; la visión de un hombre pobre, enfermo, sentado ante una mesa con la cabeza apoyada en la mano; al principio, no quería decir nada; me lo ha confesado todo después. Lo ve; dice que lo ve y que es el mismo.  
DOCTOR.- ¿Cervantes?  
ISABEL.- Sí, sí.  
DURÁN.- ¡Qué extraño!  
DOCTOR.- Calma. (En tono jovial, irónico.) Ya le quitaremos la funesta manía de pensar en Cervantes. ¿No es eso, Durán?  
DURÁN.- Ya lo creo.  
ISABEL.- Mírenlo ustedes. (Se acercan todos a la puerta y observan a VÍCTOR, que se supone está en el despacho.) Mírenlo ustedes; se ha sentado lo mismo que la sombra que cree ver... Está con la cabeza reclinada en la mano.  
DOCTOR.- Un poco de tranquilidad; ya lo arreglaremos todo; una alucinación pasajera.  
ISABEL.- ¿Y tendrá siempre esas visiones, doctor?  
DOCTOR.- Todos tenemos nuestras visiones; él tendrá otras más bonitas, más alegres. Y lo contará en bellos versos.  
DURÁN.- Ya viene.

(Entra VÍCTOR.)

VÍCTOR.- ¡Querido doctor!  
DOCTOR.- ¿Cómo va ese valor?  
VÍCTOR.- Muy bien, doctor.  
DOCTOR.- ¿Ánimos?  
VÍCTOR.- Ánimos.  
DOCTOR.- ¿Vitalidad?  
VÍCTOR.- Vitalidad.  
DOCTOR.- ¿Poesía?  
VÍCTOR.- Poesía.  
DOCTOR.- Y ahora, a ver nuevo el mundo.  
VÍCTOR.- ¿Nuevo el mundo?  
DOCTOR.- Nuevo, como lo ven todos los convalecientes. Nuevo el cielo, las montañas, los árboles, las flores, las nubes... Isabel, Isabel, ánimo usted...  
ISABEL.- Si ya le animo, doctor.  
VÍCTOR.- ¿Nuevo el mundo? ¿Nuevo para mí? ¡Qué terrible cosa! No, no; nuevo el mundo, sí; lo que quiero, lo que quiero...  
ISABEL.- ¿Ve usted, doctor?

DOCTOR.- Rezagos de la enfermedad. Ahora al campo; la tarde está espléndida.

VÍCTOR.- Sí, doctor; he visto el cielo, las nubes desde el balcón...

DOCTOR.- Pues a gozar de todo.

DURÁN.- Vamos, querido maestro; yo les dejo a ustedes.

VÍCTOR.- No, no; venga usted con nosotros.

ISABEL.- En marcha.

DOCTOR.- Un poco de alegría, de animación.

VÍCTOR.- Sí, sí; alegría, animación. Nuevo el mundo, el cielo, nuevas las nubes...

(Van saliendo.)

TELÓN LENTO

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

